

TRAMPAS ESPACIALES

clark carrados

TRAMPAS ESPACIALES

CLARK CARRADOS

TRAMPAS ESPACIALES

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oras, 51-53 Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 20.504 - 1966

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en GRÁFICAS TRICOLOR — Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Cualquiera que hubiera visto a Jery Senar por primera vez, habría exclamado en seguida: “He aquí un pirata”.

O un bandido mejicano, tal como la fantasía popular pinta a los bandidos mejicanos.

Del siglo XXIV, por supuesto, porque esta historia se desarrolla hacia el año 2387, más o menos.

No se podía decir que Senar fuese un hombre alto, aunque tampoco se le podía llamar enano. En realidad, y aunque no lo pareciese, medía un metro y setenta y tres centímetros.

Lo que pasa es que era casi tan ancho como alto, con brazos muy musculosos, un torso de barril y unas espaldas lo suficientemente fuertes como para dejaren ridículo a Atlas, ese gigante del que la mitología dice que sostiene el mundo en vilo.

Aparte de estas características físicas, poseía otras: un bigote negro, frondoso, ligeramente caído hacia abajo; una dentadura deslumbrante, una sonrisa, que sólo en muy raras ocasiones desaparecía, y un buen humor excepcional.

Pero también carecía de algunas cosas: por ejemplo, de la visión del ojo izquierdo, perdida al recibir un astillazo en el globo ocular durante... será mejor que no relatemos los motivos verdaderos de la

pelea en la cual Senar se quedó tuerto; hay una dama de por medio y en estos asuntos es preciso ser discreto.

Y también le faltaban algunas piezas dentarias, pero la prótesis había hecho un trabajo fenomenal y no se notaban. Senar había aprovechado la coyuntura para utilizar los molares postizos en algo más que la simple trituración de los alimentos. No en balde, algunos de sus más fervientes enemigos le llamaban “El Trucos”.

El origen de este apodo es fácilmente comprensible, y más si se sabe el género de vida que llevaba Jery Senar. Había desempeñado mil oficios, desde simple cocinero en un campamento diamantífero en el VII." planeta de Arturo, donde el promedio de la vida humana era de tres meses, dos días y algunas horas — y él había sobrevivido trece meses largos —, hasta capitán de astronave interestelar, con patente en regla.

Sin embargo, Jery había conservado los empleos durante muy poco tiempo. Sus ansias de vagabundo, unidas a un insobornable sentimiento de libertad, le hacían muy poco apto para seguir en el mismo sitio durante una larga temporada y no digamos para conservar el empleo toda la vida.

Además, no era muy respetuoso con las leyes y muchas veces se las había saltado a la torera. Cuando perdió su patente de capitán de astronave, se quedó de repente en el último lugar de las filas de los sin trabajo.

Pero eso no le apuraba. Jery sabía que podría encontrar colocación en cuanto lo deseara. Hombres como él siempre eran solicitados. Y bien pagados, además.

En resumen, Senar era un granuja, pero simpático. No mataría a una persona, a menos que fuese en legítima defensa, pero si jugaba a las cartas con esa persona, le haría un par de trampas y se quedaría tan tranquilo con su dinero.

Tal vez por todas estas razones, a las cuales era preciso añadir el parche negro sobre el ojo, el bigote y la continua sonrisa, tenía tanto éxito entre las mujeres comprendidas entre los dieciocho y los noventa años.

Pero no en balde le llamaban “El Trucos” y había sabido emplear bien los suyos para, a los treinta y seis años, mantenerse soltero todavía.

- No me gustan los empleos fijos, para toda la vida, y el de

casado lo es — solía decir.

- Existen medios para abandonar ese empleo — alegaban algunos amigos suyos.

Y Senar sacudía la cabeza, diciendo:

- No. Cuando uno se casa, debe hacerlo para toda la vida. Por eso yo sigo soltero: es lo mejor del mundo.

Considerando que, en efecto, las mujeres pululaban en torno suyo como moscas alrededor de un pastel, era un punto de vista digno de ser tenido en cuenta.

Sin embargo, en los últimos tiempos, los digamos "negocios" de Jery Senar iban de capa caída. En el momento de iniciar esta historia, todo su capital consistía en media docena de solares, estaba sin trabajo y el dueño del hotel le había retenido el equipaje por falta de pago.

Sin embargo, Senar se lo tomaba con filosofía y en compañía de una rubia de formas opulentas y sonrisa rendida, con la que bebía una botella de vino en una de las tabernas de Capital-City. En resumen, Senar estaba pasándolo bien, como era su costumbre cuando no tenía ningún trabajo entre manos.

De repente, un hombre se detuvo ante la mesa ocupada por la pareja.

Era un sujeto alto, delgado, de rostro aquilino, mirada penetrante e indumentaria afectada, quien, al parecer, se sentía sumamente disgustado por hallarse en aquel infecto tabernucho.

- ¿Capitán Senar? — preguntó el individuo.

Jery volvió la cabeza, sin separar el brazo derecho del talle de la rubia.

- Yo mismo — contestó—. Pero ahora estoy ocupado. Lárguese, hermano.

El hombre del rostro aquilino no se inmutó.

- Me llamo Duke Brows y tengo una interesante proposición que formularle, capitán Senar.

- Mire, hermano — dijo Jery —, en estos momentos, lo único que deseo es soledad... en compañía de esta chica tan encantadora. Así que, o nos deja en paz o...
- La proposición que deseo hacerle es de cinco millones de solares, moneda de curso galáctico.

El único ojo de Senar despidió un brillo extraño.

- ¿Quién es ese chiflado que va a pagar semejante fortunón por mis habilidades? — preguntó.
- No es un hombre, sino una mujer. Lady Janita Dyne-Shoutts. Yo soy su secretario general y personal — contestó Brows.

Hubo un momento de silencio.

- ¿Está seguro de lo que dice, señor Brows? — preguntó Senar.
- Tengo mi helicóptero en la puerta, capitán — fue la respuesta del sujeto de rostro aquilino.

Senar se puso en pie en el acto.

- Vamos — dijo lacónicamente.

La rubia intentó retenerle.

- No me dejes, Jery. Dijiste que pasarías la velada conmigo — protestó.

Senar se inclinó hacia ella y la besó en el cuello.

- Volveré luego — mintió—. Pero si tardo, te permito que pagues el gasto.
- Oh! — exclamó la rubia.

Sin embargo, cuando quiso ponerse furiosa, Jery y Brows habían desaparecido ya de su vista.

- ¿Para qué quiere verme Lady Janita? — preguntó Senar, una vez estuvo a bordo del aparato.

- Se lo explicará ella misma — respondió el secretario en tono evasivo.
- Está bien. Cinco millones de solares dan derecho a recibir contestaciones semejantes.

Sin embargo, Jery no quiso añadir que hacía años que estaba esperando una ocasión semejante. Pero, por uno u otro motivos, siempre se había pospuesto la entrevista.

Y ahora, cuando ni siquiera recordaba a Lady Janita, era ella quien le llamaba.

Bien, se dijo, sería interesante escuchar la proposición de una de las mujeres más hermosas y opulentas— en el sentido monetario, se entiende—, de toda la Galaxia.

* * *

Janita Dyne-Shoutts estaba en la terraza de su mansión, desde la cual se divisaba una vista espléndida de la ciudad. La terraza se hallaba a ciento setenta y tres pisos sobre el nivel del suelo y era lo suficientemente amplia y sólida como para contener un jardín de tres hectáreas de extensión, con dos estanques y una piscina de natación. El lujo de la mansión estaba a tono con la terraza.

El helicóptero aterrizó en una explanada destinada especialmente al efecto. Los dos hombres saltaron al suelo.

- Por aquí — dijo Brows.

Senar siguió al afectado individuo. Momentos después, se hallaba frente a la dueña de la casa... y de los ciento setenta y dos pisos que había bajo el ático.

- Señora, el capitán Senar — dijo Brows —. Capitán, le presento a Lady Janita Dyne-Shoutts.

Jery la contempló durante unos instantes. Era una mujer realmente hermosa.

Janita poseía una figura perfecta, una estatura elevada y unos ojos de un fulgor extraño: a veces parecían amarillos y a veces despedían chispas verdosas. Su cabello, cuidadosamente peinado de

una forma que recordaba los tocados de las mujeres griegas de la antigüedad, tenía el color del bronce. Vestía una especie de túnica larga, sin mangas, de tejido dorado, que dejaba al descubierto el hombro derecho, quedando sujeta en el izquierdo por un broche de valor incalculable.

Jery pensó que Lady Janita no habría sobrevivido cinco minutos con aquel broche encima en la taberna que acababa de abandonar. Su belleza no habría impresionado en absoluto al forajido que la habría degollado tan tranquilo, para apoderarse de la joya.

- ¿Ha terminado ya de mirarme, capitán? — preguntó ella con voz fría y distante.
- A una mujer como usted no se la termina nunca de mirar — respondió Senar.

Janita no pareció impresionarse por la galantería. Movió.la mano y dijo:

- Está bien, Duke; puede dejarnos solos. Vuelva mañana.

El secretario dobló el espinazo.

- Como usted mande, señora — contestó.

Momentos después, el helicóptero se había perdido de vista. Senar y Janita quedaron solos.

- ¿Quiere beber algo, capitán?—invitó ella con glacial cortesía.
- Vino. Una buena dosis — respondió él.

Janita le sirvió una copa, en la que se veía un líquido ambarino de extraordinaria transparencia. Senar lo olisqueó, probó un poco y, al fin, chasqueó la lengua de manera apreciativa.

- Buen Jerez — alabó.
- Poseo allí unas viñas propias — contestó ella con indiferencia —. ¿No quiere sentarse?
- Estoy bien de pie, gracias—. Jery tomó otro sorbo de vino —. Tengo entendido que quiere pagarme cinco millones de

solares, señora.

- Antes habrá de ganárselos, capitán.
- Ya no soy capitán. Perdí mi patente hace un par de años.
- Lo sé. Y también estoy enterada de muchas de las particularidades de su vida, señor Senar. Por eso mismo le hice llamar. Aunque... francamente, no esperaba que acudiese ni con el cebo de los cinco millones — confesó Janita.
- Hacía tiempo que esperaba una ocasión semejante— sonrió Jery—. Hubiese acudido gratis, señora.

Janita pareció sorprenderse.

- ¿Quería verme? ¿Por qué no lo hizo?—preguntó.

Jery se encogió de hombres.

- Suponía que su batallón de secretarios no querría dejarme pasar.
- Soy más accesible de lo que usted supone — dijo ella —. En el buen sentido de la palabra, claro — agregó presurosa—. Dígame, ¿para qué quería verme?

Jery terminó la copa.

- Hablemos mejor de los motivos de su llamada, señora — manifestó —. ¿A quién hay que degollar para ganarse cinco millones de solares, moneda galáctica de curso legal?
- A nadie. No soy de las que contratan asesinos pagados, capitán.
- ¿Entonces...?
- Se trata tan solo de que vaya a Starrel y trabaje para mí en los campos de la hierba “dgyll” — expresó Janita con voz fría y desapasionada.

CAPÍTULO II

Esta vez, Senar se sirvió otra copa de Jerez sin que ella le invitase. Bebió la mitad y se enfrentó con la hermosa mujer.

- ¿Ha dicho a los campos de "dgyll", señora?
- Eso mismo — confirmó Janita.
- ¿Cree, honradamente hablando, que un hombre puede ir voluntario a aquel infierno por cinco millones de solares?
- No es un lugar tan malo, capitán — alegó la joven.
- Malo, no; diabólico. Los trabajadores de los campos de "dgyll" duran un promedio de dieciséis meses. Los guardias han de ser relevados cada seis, y eso que permanecen constantemente en cabinas y trajes estancos... ¡y quiere que yo vaya allí voluntario! ¡Está loca, si piensa que voy a aceptar!

Miró en tomo suyo.

- ¿Dónde está la salida, señora? — preguntó.

Janita no pareció inmutarse por la negativa de Senar.

- Capitán — dijo con frialdad—, los cinco millones están ya depositados en el Banco Galáctico a su nombre. Y usted, tanto si le gusta como si no, irá a Starrel. No obstante, preferiría que lo hiciese voluntario, aunque, por supuesto, habrá de fingir que va allí a la fuerza.
- No comprendo esos matices, señora — gruñó Senar—. Iré, tanto si me gusta como si no. Prefiere que vaya voluntario, pero habrá de parecer que voy a la fuerza. ¿Quién diablos entiende eso?
- Yo — respondió ella sin inmutarse—. Y usted también lo entenderá, si deja que me explique.
- Cinco millones — repitió Jery—. Olvidaba que la hierba "dgyll" es la fuente principal de las empresas Dyne-Shoutts. Y la perdición de la humanidad también.

- Son mayores los beneficios que proporciona que los perjuicios — dijo ella.
- El hombre que se habitúa a la ingestión de la droga, muere hecho un guiñapo en pocas semanas — declaró él en tono rudo.
- Pero cuando la hierba es elaborada y tratada de modo conveniente, resulta una panacea universal. No se sabe aún bien cómo actúa, pero su alcaloide, en las dosis convenientes, y esto sin dejar luego hábitos perniciosos, cura el incurable cáncer, aparte de otras aplicaciones que sería innecesario mencionar, ya que las conoce tan bien como yo.

Jery sonrió.

- Y también sé que la hermosa Lady Janita, viuda del riquísimo lord Arthur Dyne-Shoutts, es, por herencia, usufructuaria del monopolio de extracción, elaboración y venta de la medicina que se obtiene con la venta de la hierba "dgyll" — declaró con sarcasmo en su voz—. Un monopolio que se sostiene con el asentimiento, complacencia y complicidad del gobierno y... la sangre, el sudor y las vidas de los infelices condenados que trabajan en los campos de "dgyll".
- Muchos van allí voluntariamente—alegó Janita—. Incluso hay hombres libres, que cobran elevados sueldos...
- Sus viudas — atajó él, implacable.
- Es lo mismo. Yo no tengo la culpa de las situaciones— contestó la joven, enojada.

Senar señaló la joya con la mano.

- Pero se aprovecha de las situaciones — dijo.

Janita enrojeció visiblemente.

- Heredé el monopolio de mi difunto esposo. Si no lo hago yo, lo hará otro. Y, a fin de cuentas, la "dgyll" salva más vidas que destruye — alegó.
- A costa de los desdichados que mueren en Starrel. Una medicina que se obtiene con las vidas de unos infelices,

debiera ser prohibida, por muchos beneficios que ocasiones.

- Capitán — dijo Janita—, no estamos aquí para estudiar ni discutir determinados problemas morales del asunto, sino para que me ayude. Voluntaria o forzosamente; pero, en ambos casos, tendrá los cinco millones de recompensa.

Senar sonrió.

- Imagino que me ha preparado una encerrona — dijo—. ¿Conoce mi apodo?
- A la perfección — respondió ella sin inmutarse —, Le hice investigar a fondo antes de llamarle.
- Entonces debería saber que, si no quiero ir a Starrel, no lo haré, por muchas trampas que me haya preparado.
- Usted irá, capitán — afirmó Janita—. Sí; sé que podría eludir mis trampas, pero no desdeñará la segunda recompensa que le ofrezco, aparte de los cinco millones que, como digo, ya están depositados a su nombre.

Senar enarcó las cejas.

- ¿A qué segunda recompensa se refiere? ¿Cuál es? — preguntó.
- Yo.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, de pronto, los labios de Senar se distendieron en una amplia sonrisa.

- Una magnífica recompensa, a fe mía — contestó—. Olvidaba que no es la primera vez que pone su belleza en venta, señora.

Janita volvió a enrojecer.

- Entonces era muy joven — dijo.
- ¿Tan vieja se siente, ahora?
- Cuando me casé con lord Arthur, tenía diecinueve años. Han pasado ocho años desde entonces. Además, usted recordará sin duda, ya que memoria no le falta, que lord Arthur falleció una hora después de la ceremonia, durante el

banquete de bodas.

- Sí, el pobre tenía ochenta y siete años y no pudo resistir la emoción — contestó el joven con burla, fingiendo ignorar el oculto sentido de las últimas palabras de Janita.
- Estamos desviándonos del asunto — dijo ella con impaciencia —. Quiero conocer su respuesta cuanto suites. Usted ya sabe lo que obtendrá después, a su vuelta de Starrel.
- Sí... cinco millones y una ex bailarina, que danzaba semidesnuda en los más infames cafetines y que ahora lleva nada menos que un título nobiliario.

Janita permaneció impasible.

- No tengo nada de qué acusarme, capitán — dijo—. Y mi vida pasada, como la suya, no guardan relación alguna con el asunto que le he propuesto. Solamente quiero que vaya a Starrel...
- ¿A cultivar la "dgyll"?
- En apariencia, sí; pero, en realidad, como agente secreto mío, a fin de investigar la fuente de filtraciones que hace desaparecer toneladas enteras de hierba, para ser vendida, sin elaborar, en todos los mercados de la Galaxia.
- Sí, ya sabía que hay un productivo contrabando de la hierba, aunque no me imaginé que se la llevaran a toneladas. ¡ Diablo, pero si un solo kilo vale en el mercado negro cien mil solares!
- Entonces, imagínese la cantidad de millones que obtienen los traficantes de la droga. Como verá — añadió Janita—, no se trata tanto de defender mi negocio como de un asunto de salud pública.
- ¿Por qué han pensado en mí precisamente?
- Porque es el único hombre que podría llevar a cabo la misión con un mínimo de posibilidades de éxito.
- Los traficantes no consentirán que nadie corte su tráfico. Matarán a quien se interponga en su camino.
- No a un hombre llamado Jery Senar.
- Soy vulnerable, señora.
- Sólo a los encantos femeninos — dijo Janita, impasible.

Senar rió estrepitosamente.

- ¡ Acuso el impacto! — exclamó —. Y voy a celebrarlo, tomándome una copa. ¿Cómo iré a Starrel?
- Condenado por un asesinato que se ha cometido hace cinco horas — declaró ella —. Usted ya sabe que a los homicidas se les da a elegir entre la prisión perpetua o tres años en los campos de “dgyll”. Algunos — agregó — han conseguido sobrevivir.
- En estado de vegetales vivientes. — Senar frunció el ceño —. ¿Ha dicho un asesinato cometido hace cinco horas? — exclamó, alarmado.
- Exactamente, capitán. Todos los indicios le acusan a usted y...— Janita consultó el reloj que había sobre una mesa —, dentro de treinta minutos se presentará la policía para detenerle.

Senar había visto muchas cosas y creía ser inmune al asombro, pero en aquella ocasión se quedó con la boca abierta.

- De modo que lo tenían preparado — rezongó.

Janita sonrió.

- Ya le dije que iría a Starrel, capitán — repuso.

Senar tomó la copa y se la llevó a los labios. Luego empezó a pasearse por el sector de la terraza que había delante del salón en que se hallaban.

Janita le siguió un tanto extrañada de su actitud. Senar parecía sumido en profundas meditaciones.

- ¿Qué está haciendo, capitán?

De repente, Jery se volvió sobre sí mismo, a la vez que soltaba la copa, y se lanzó hacia un macizo de flores que había a poca distancia.

Janita gritó. Senar se ladeó bruscamente, justo en el momento en que un cegador rayo de luz sólida pasaba por el lugar que su cuerpo había ocupado una fracción de segundo antes.

Las flores resultaron aplastadas, pisoteadas, estrujadas. Un hombre, armado con una pistola de energía, se irguió de repente.

El asesino blandió la pistola a modo de maza. Senar poseía un cráneo vigoroso, pero el enorme cañón de la pistola se lo habría roto como si se tratase de la cáscara de un huevo.

Las pistolas de energía causaban efectos devastadores allá donde impactaba su descarga, pero tenían un defecto: después de cada disparo, se necesitaban cinco segundos para que pudieran funcionar de nuevo.

Senar lo sabía y desvió el arma de un manotón, proyectando el puño contra el individuo. Éste retrocedió unos pasos, sin soltar la pistola.

El joven cargó de nuevo. Ahora, la pistola le alcanzó en un lado de la cabeza, dejándole aturdido, no sin que, con el segundo manotazo, consiguiera arrancar el arma de los dedos de su antagonista.

La pistola voló por los aires y cayó entre un macizo de plantas. El asesino, viendo frustrados sus planes, giró sobre sus pies y arrancó a correr en busca de la salvación.

Era hombre que conocía a Senar. Sabía que, si no lo había derrotado en el primer envite, ya no lo conseguiría.

Jery se recuperó en parte y se lanzó en su persecución. Janita, tras vacilar un instante, corrió detrás de ambos.

Senar alcanzó a su presa a pocos pasos de una puerta lateral, destinada al servicio. La puerta se hallaba junto al parapeto de la terraza.

— Párate, rufián — gruñó el joven.

El otro se volvió y trató de golpearle. Senar disparó su puño derecho.

El asesino retrocedió dos pasos, chocó con el parapeto, volteó y saltó al otro lado. Un grito agudísimo, de insuperable terror, se escapó de sus labios.

Inmediatamente, sin vacilar, juntando las manos como si se arrojase al agua de la piscina de la terraza, Senar tomó impulso y se lanzó al vacío detrás del hombre que caía hacia abajo con aterradora velocidad.

Janita lo vio todo a la perfección. Sintió que las piernas se le doblaban y estuvo a punto de desmayarse cuando vio que Senar

desaparecía de su vista.

CAPÍTULO III

El sobrenombre de “El Trucos” no había sido aplicado en vano a Jery Senar. Y aunque alguien le hubiera tomado por loco al verle realizar una acción tan arriesgada, no lo estaba en absoluto.

Bajo la blusa corta que vestía, llevaba un cinturón antigravitatorio. Senar lo había usado desde alturas muy superiores a los quinientos metros largos que había desde la terraza al suelo de la calle.

Pero mientras caía, con el viento rugiéndole en los oídos, pudo darse cuenta de que las velocidades respectivas eran sensiblemente iguales. Por lo tanto, el asesino se estrellaría contra la acera antes de que él lograse atraparlo al vuelo.

Sin embargo, era hombre de fértil imaginación. Mientras descendía como una piedra, manipuló en los mandos del cinturón gravitatorio, invirtiendo el sentido de acción del mismo.

Su gravedad se triplicó de súbito. Ello provocó un inmediato aumento de la velocidad de caída.

Las ventanas del rascacielos desfilaron como una serie de manchas borrosas, alternativamente claras y oscuras, ante sus ojos. La imagen del rufián que volteaba en su caída se agrandó con rapidez.

Senar se contorsionó, procurando colocarse cabeza abajo. Luego estiró la mano derecha y asió con férrea presa uno de los tobillos del miserable.

En el acto, manipuló con la izquierda en los mandos del cinturón, invirtiendo otra vez su acción. La caída se detuvo cuando apenas le faltaban treinta metros escasos para llegar al suelo.

A continuación emprendió el ascenso.

Janita abrió los ojos con sorpresa al ver aparecer a los dos hombres nuevamente en la terraza. Dada su forzada postura, Senar sólo pudo dejarse caer al suelo, donde rodó, confundido con su prisionero.

Pero se levantó en el acto, con una agilidad que nadie hubiera sospechado en un corpachón como el suyo. Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un objeto alargado y cilíndrico, con el que apuntó al sujeto.

Era una diminuta pistola de "shock". Bastaba apretar un botón, para que la víctima sufriese una tremenda sacudida, semejante a la coz de una muía.

- ¡Vamos, arriba, levántate! — ordenó al caído.

El sujeto continuó inmóvil. Janita contemplaba la escena con ojos de pasmo.

Senar frunció el ceño.

- Ha debido desmayarse de miedo — dijo, guardando el tubo de nuevo.
- Traiga un poco de agua, señora — pidió.

Janita pudo reaccionar al fin. Corrió hacia el interior de la casa y regresó rápidamente con una jarra en las manos.

- Aquí tiene, capitán — dijo.

Pero Senar no hizo ademán alguno para cogerla.

- Es inútil, señora. Está muerto — contestó.
- ¿Cómo?

El joven golpeó la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha.

- A veces, olvido mi propia fuerza — gruñó —. Este tipo saltó por encima del parapeto y cayó. Sencillamente, murió de miedo.
- ¡Dios mío! —exclamó Janita, perdiendo el color.

Senar le cogió la jarra y se volcó el contenido por encima de la cabeza, sin importarle mojarse las ropas.

- Estoy sudando — explicó—. Vamos adentro; después de refrescarme por fuera, necesito algo de calor en el estómago.

Entraron en el salón. Senar se bebió dos copas seguidas.

- ¿Quiere emborracharse? — dijo ella, irritada.
- Estoy pensando — contestó Senar en tono evasivo.
- ¿En qué, capitán?
- ¿Cuántas personas están enteradas de mi presencia en su casa?
- Nadie, salvo Duke Brows, mi secretario.
- ¿Y los policías que van a venir?
- Alguien les habrá pasado un aviso anónimo.
- Entonces, ¿quién diablos es el que ha sido asesinado?
- Un hombre..., pero usted no lo conoce, ni tampoco importa demasiado. Sólo estábamos esperando la ocasión. —Janita se irguió, al ver captar una muda protesta en los ojos de Senar—. A diario mueren personas asesinadas en Capital-City — expresó.
- Sí, eso es lo que estoy viendo. De modo que, sal*vo* el untuoso señor Brows, nadie conoce más mi presencia en esta casa.
- En efecto, así es.
- ¿Dónde vive Brows?
- Capitán, ¿qué es lo que pretende usted? — exclamó Janita.
- ¡Contésteme, señora, o le juro que la dejo plantada ahora mismo!

Janita vaciló.

- Edificio 7.881, planta 90.a, puerta Z.
- Está bien, gracias.

Senar giró sobre sus talones y se encaminó hacia la terraza.

- ¿Adónde va usted, capitán? — preguntó Janita, corriendo

tras él.

- ¿Es que no lo comprende? ¿Es que no se da cuenta de que su secretario le traiciona? Vinimos él y yo solos en el helicóptero..., pero ese miserable estaba escondido ya previamente en el jardín. ¿Por dónde vino Duke Brows hoy, antes de ir en mi busca?
- Por... por el mismo sitio...
- ¿Dónde estaba usted en ese momento?
- En mi tocador.
- No se hable más. Brows trajo al asesino consigo y lo dejó escondido en la terraza, para que aguardase una ocasión propicia y...
- ¡Pero yo siempre confié en Brows! —protestó ella.
- Confió en una serpiente — gruñó Senar—. ¿Cree usted que si yo no llego a darme cuenta de que las ramas se movían, estaría viva ahora? ¡Ese rufián a sueldo nos hubiera matado a los dos, téngalo por seguro!

Janita perdió su compostura habitual.

- ¿Qué... qué es lo que va a hacer ahora, capitán?
- inquirió, con voz desfallecida.
- Ajustar las cuentas a un canalla, ¿qué se creía?
- contestó Senar, tirándose de nuevo por el parapeto y dejándola con la palabra en la boca.

Janita se quedó en el mismo sitio, sin saber qué hacer. De pronto, Jery asomó, con su sonrisa característica.

- ¡Ah, me olvidaba de una cosa, señora! ¡Salude en mi nombre a los policías cuando vengan a buscarme!

Y esta vez sí desapareció definitivamente.

* * *

La puerta se abrió al segundo golpe de la mano de Senar sobre el llamador.

- Hola, bastardo — saludó el joven, sonriendo.

Los ojos de Brows expresaron temor y sorpresa.

- Capitán Senar — dijo.
- ¿Puedo pasar, canalla?
- No entiendo...—dijo el secretario—. ¿Por qué me insulta?

Jery metió la mano en el bolsillo.

- Pegarte un puñetazo, significaría mancharme las manos. Pero tengo algo que me evitará semejante ignominia.

Presionó el disparador de la pistola de "shock". Mientras daba una voltereta en el aire, Brows lanzó un aullido de dolor.

El secretario quedó tendido en el suelo. Senar se inclinó sobre él.

- Dejaste a un asesino pagado en la terraza de Lady Janita — manifestó—. ¿Por qué?
- No sé de qué me está hablando...

Senar hizo funcionar de nuevo la pistola. Esta vez, fue el estómago de Brows el que recibió el impacto invisible.

El secretario boqueó agónicamente en busca de aire. Senar seguía inclinado sobre él.

- Puedo seguir usando la pistola por tiempo indefinido. Hasta reducirte a pulpa, si es preciso. ¡Habla!

Brows se dio masajes en el dolorido estómago.

- Yo...—empezó a decir.

De pronto Senar captó la presencia de una persona extraña en la habitación.

Empezó a girar sobre sí mismo, pero no concluyó el movimiento.

Su cráneo era duro y resistente, aunque estas cualidades tenían un límite. Jery sintió el impacto en su nuca y se derrumbó de bruces, como un buey apuntillado.

Brows se sentó en el suelo, aún mortalmente pálido.

- Gracias, muchacha — dijo a la hermosa mujer que había intervenido de manera tan oportuna en su favor.

Ella era joven y hermosa. Sonrió, mientras dejaba a un lado el pesado candelabro que había utilizado para golpear a Senar.

- Por suerte, estaba en la otra habitación — dijo —. Ese tipo te lo hubiera sacado todo a golpes, Duke.

Brows se levantó de mal talante.

- Dame una copa — pidió

Ella le complació en el acto. Mientras Brows bebía, preguntó:

- Tu sicario falló. ¿Qué le vas a hacer ahora?

Brows reflexionó unos momentos.

- Debiera matarle — dijo.
- No tienes valor para ello —rió la mujer con desprecio.
- ¡Cállate, maldita! ¡Estoy reflexionando!

Brows dio dos o tres paseos por la habitación, antes de detenerse frente a la mujer.

- Ya lo tengo — dijo al cabo.
- ¿Y bien? — murmuró ella.
- Casi debo alegrarme de que aquel idiota haya fallado.
- Con tal de que no te delate, Duke...

Brows soltó una agria carcajada.

- Si Senar está aquí, es que aquel imbécil ha muerto, lo cual es no pequeña ventaja para nosotros. Bien, por ahora, dejaremos que el plan siga adelante, tal como lo ideamos entre Lady Janita y yo.
- ¿Y después?

El secretario sonrió con gesto torvo.

- Pero ese plan sufrirá modificaciones, que lo mejorarán incluso. Escucha...

CAPÍTULO IV

Casi por primera vez en su vida, Jery Senar empezaba a sentir algo muy parecido al miedo.

El fiscal se mostraba implacable en su requisitoria. Estaba celebrándose ya el juicio por el supuesto asesinato que él no había cometido.

— ¡ Por doscientos miserables solares! — tronó el fiscal —. Por una deuda tan ínfima, el procesado, hombre de poco recomendables antecedentes, ex capitán de astronave que perdió su patente por motivos que no son del caso exponer, pero cuya sola mención repugnaría a las gentes honradas y sencillas, por doscientos solares, repito, ese hombre cometió un asesinato.

¿Pruebas? — El fiscal blandió un papel—. Huellas dactilares suyas por todas partes y este documento, hallado entre las ropas del cadáver, en el que el difunto expresaba su temor de verse asesinado, si no satisfacía perentoriamente una deuda miserable. Éstas, son las pruebas que presento, señor juez y señores del jurado.

”Pero todavía hay más. En la comisión de tan repugnante crimen, el acusado fue ayudado eficazmente por la mujer que se sienta junto a él en el banquillo de los acusados y que fue la que, con la impúdica ostentación de sus encantos físicos, atrajo a la víctima hasta el lugar donde se llevó a cabo tan horroroso crimen.

”Sí, esa mujer que aparece ahí y cuyo rostro, en virtud de la

innoble profesión que ejerce, está cubierto por la máscara que lleva, a fin de que las gentes honestas no puedan ver sus repulsivas facciones. ¡Ella le ayudó a matar a la víctima y, por tanto, debe sufrir la misma pena que el criminal!

”Ésta es mi solicitud — terminó el fiscal, implacable —: Prisión perpetua para ambos o tres años en los campos de “dgyll” de Starrel.

Después del tonante parlamento del fiscal, se hizo un profundo silencio en la sala.

Senar volvió los ojos hacia la mujer que le acompañaba.

Era imposible verle, no sólo el rostro, sino siquiera el cabello.

Una especie de capuchón negro, atado en el cuello, cubría por completo su cráneo. Sólo tenía dos orificios para los ojos y otro para la boca. El capuchón era de un tejido lo suficientemente permeable para permitir la respiración sin necesidad de otros agujeros.

Las ropas de la mujer eran más bien bastas, de tejido vulgar y poco menos que incoloro. Consistían en una blusa de manga corta, que llegaba hasta la mitad de las piernas, ceñida al talle por un cinturón de la misma tela.

Sin embargo, la amplitud de los ropajes no bastaba a ocultar del todo la morbidez de sus formas. La piel que quedaba al descubierto era de una blancura marmórea.

Y los ojos...

Senar conocía muy bien aquellos ojos. Por tanto, sabía quién se escondía bajo el capuchón.

El defensor desgranó un monótono y rutinario discurso, que no impresionó a los jurados en lo más mínimo. Senar se dio cuenta de que la condena era inevitable.

Momentos después, el juez decía:

- Los jurados se retirarán a deliberar. La sesión se suspende durante el tiempo necesario hasta que sea emitido el veredicto.
- No es necesario, Señoría — contestó el presidente del jurado, poniéndose en pie—. Consideramos culpables a los acusados.
- Muchas gracias, señor presidente — dijo el juez amablemente. Miró a la pareja—. Ahora, dado que para su

crimen sólo existen dos penas, ambas de igual gravedad, y ha de serles aplicada una de ellas, les haré saber que está en su mano, según dispone la ley, elegir cuál de las dos penas desean les sea impuesta.

Senar se puso en pie.

- Señoría — replicó —, antes de proceder a la elección, desearía un cambio de impresiones, a solas, con mi cómplice.
- Es un derecho que la ley no puede negarles — concedió el juez —. Tienen quince minutos para conferenciar.

Senar y la mujer fueron conducidos a una sala aislada, en la que fueron encerrados. Dos guardias quedaron en la parte exterior.

- Bueno —dijo Jery—, parece que el aprieto es de los gordos, Lady Janita. ¡Hay que ver cómo la ha puesto a usted el fiscal!

Ella contestó:

- Tenía usted razón, capitán. Brows era un miserable traidor. — Y desalentada añadió —: Estamos perdidos.
- Todavía no, señora. Usted no me conoce a mí del todo — sonrió Senar.
- "Yo” sí estoy perdida.—Janita se señaló con la mano el capuchón que la cubría —. ¿Ve esto, capitán?
- Sí, claro. Pero en cuanto estemos en los campos de “dgyll”, porque elegiremos ir a Starrel, se lo quitaré...
- No podrá — le interrumpió ella.
- ¿Por qué?
- Parece tela corriente, pero es “aceryl”. Sólo con un soplete podría arrancármelo... abrasándome la cabeza al mismo tiempo.

Senar masculló una interjección.

- Ese maldito Brows piensa en todo — gruñó.

—Y piensa tanto que, aunque consiguiera vivir los tres años en

los campos de “dgyll”, cosa imposible, como usted sabe, no llegaría al plazo de mi libertad.

- No la entiendo — murmuró él, desconcertado.
- El "aceryl” es flexible y liviano como una tela, pero no elástico; quiero decir que no cede.
- ¿Y...?
- Mis cabellos seguirán creciendo inexorablemente, hasta que llegue el día en que perezca por sofocación, ¿comprende?

Senar soltó otra maldición.

- Así que se ha quedado sin sus dos recompensas, capitán — concluyó Janita desesperanzada.

El joven sonrió.

- Aún conservamos el pellejo intacto. Y volveremos para arrancárselo a Brows y a la pájara que ocupa su puesto ahora. ¿La ha visto usted?
- Si. Es exactamente mi doble.
- Cirugía plástica — apuntó Senar.

— Supongo.

—Lo cual me hace imaginar que Brows llevaba planeando este asunto mucho antes que usted. Es el jefe de la cuadrilla de contrabandistas de “dgyll”, por un lado y, por otro, por mediación de la que ahora se hace llamar Lady Janita, obtiene todo el control de las empresas Dyne-Shoutts.

- Así debe de ser — convino ella —.¡Oh, capitán! ¿Qué haremos?
- Ir a Starrel, por supuesto. Y hacer saltar la trampa que nos ha tendido Brows.Pero...
- ¿Usted confía en mí?

Janita hizo un gesto de asentimiento.

- No tengo otro remedio — contestó.
- Una respuesta muy consoladora.

- Pues ¿cuál esperaba usted?
- Sencillamente, que hubiese caído en mis brazos exclamando con acento rendido: “ ¡ Tú me salvarás, héroe mío! Y castigarás al traidor y, como recompensa, recibirás mi amor y mi fortuna”.

Janita se enojó.

- Capitán, creo que éstos no son momentos adecuados para bromear — dijo.

—Es precisamente en las ocasiones apuradas cuando se debe conservar el buen humor. Si no, uno está perdido ya de antemano. Bien, ¿decidida a ir a Starrel?

- Es lo mejor, creo yo. De otro modo, nos enviarían a penitenciarías distintas, capitán.
- Sí, de este modo estaremos juntos. ¡Qué idiota fui! —se apostrofó él de pronto.
- ¿Por qué dice eso, capitán?
- No se me ocurrió que Brows podía tener compañía en su casa — gruñó Senar, descontento.
- De todas formas, hubiera sido acusado igualmente de aquel crimen.
- Sí, pero le hubiera sacado a Brows los nombres de todos los que intervienen en la red de contrabando. Y esto, tal vez, me habría ahorrado el viajecito a Starrel.

Hubo una corta pausa de silencio.

- Ya no hay remedio — murmuró la joven, abatida.
- Si se refiere al viaje, no lo hay, desde luego; pero sí para las otras cosas. ¿Cómo le puso Brows a usted la mano encima?
- Sencillamente, vino a casa con dos agentes de policía. Usted oyó sus declaraciones.
- Los compró.
- Por supuesto.
- Y le puso la capucha encima.
- Sí.

Senar se acarició la barbilla.

- Así que ahora hay una sedicente Lady Janita en su puesto.
- Yo misma tuve la ocasión de verla antes de ser arrestada — contestó la joven —. Nadie que no esté en el secreto sabrá reconocerla.
- Bueno, eso es demasiado optimismo. Yo tengo, quien podrá ayudarnos eficazmente, mientras cultivamos la "dgyll" en Starrell.
- ¿Algún amigo suyo, capitán?

Senar sonrió.

- Me llaman "El Trucos" y no es en balde — contestó—. Brows debe de estar ahora refocilándose con su triunfo. Es más, incluso lo ha calculado todo para que yo no llegue a vivir allí siquiera un mes.
- ¿Cómo? ¿Es que sospecha que trate de asesinarle?
- Los condenados en Starrell son peores que fieras. A nadie le extrañará, pues, que el capitán Senar amanezca un buen día con veinte centímetros de acero entre las costillas.

Janita se horrorizó.

- ¡ Debe de ser una existencia espantosa! — exclamó.
- De todo lo cual — contestó él —, obtenía usted saneadísimos beneficios.
- Yo no sabía...—opuso ella débilmente.
- No se preocupó nunca, que no es lo mismo — le atajó Senar con dureza—. Ahora, por desgracia, va a tener que conocer personalmente la clase de vida de los desdichados que cultivan la "dgyll".
- Está resentido conmigo, capitán.
- No siento hacia usted ningún afecto, si quiere saber la verdad. Pero ambos estamos embarcados en el mismo bote... y éste hace agua por todas partes. Naturalmente, me interesa salvarme del naufragio y a usted conmigo, eso es todo.
- Cuando volvamos de Starrell...
- Primero, tenemos que salir con vida de los campos de la

hierba “dgyll”. Segundo, yo habré de demostrar mi inocencia y tercero… bueno, lo mismo da el orden en que se expresen las cosas. No se figure que Brows ha dado por terminada su actuación con nuestra condena. Es de la clase de tipos que no consideran que la rabia está extinguida sino cuando ha visto muerto al perro, ¿comprende?

El pecho de la joven palpitó con agitación.

- Me lo pinta usted muy mal, capitán — se quejó.
- Únicamente trato de que no se sienta optimista, eso es todo, señora.

En aquel momento se abrió la puerta.

- Salgan — ordenó uno de los guardias.
- Vamos —dijo Senar, tomando a Janita por un brazo —. Es preciso escuchar la sentencia.

* * *

Desde la terraza del edificio. Duke Brows, con los brazos cruzados, contempló el puntito rojo que ascendía rápidamente en el cielo.

Sissy Zanoff, la mujer que le había ayudado y que ahora ocupaba el puesto de Lady Janita, se acercó a él y reclinó la cabeza en su hombro.

- Ahí va esa pareja, Duke — murmuró —. Ya puedes considerarte a salvo.

Brows permaneció inmóvil, con el ceño fruncido.

- ¿Qué te pasa? ¿No te alegras? — preguntó ella.
- Debí haberlos matado a ambos — rezongó el miserable.
- Pero no lo has hecho. ¿Por qué, Duke?
- No hagas preguntas estúpidas, Sissy.

La mujer soltó una agria risotada.

- Ah, ya sé lo que te ocurre. Estabas enamorado de Lady Janita, ¿verdad?

Brows guardó silencio.

- Bien, si eso es cierto, ¿por qué no le propinaste alguna droga que hubiese inclinado su voluntad hacia ti? Conozco un compuesto de la hierba “dgyll” que...
- ¡ Cállate! — gruñó Brows —. Tú no me entenderías, ni aunque pasaran mil años.
- Te hubiera gustado más que ella se hubiese rendido a tus encantos masculinos, ¿verdad? — rió Sissy—. Bueno, y a fin de cuentas, ¿qué? Ahora yo soy una mujer exactamente igual a ella, en rostro, estatura y esbeltez... —De pronto se puso frente a él y le rodeó el cuello con unos brazos de mórbida blancura. Con un susurro añadió—: Y yo soy una mujer, no un témpano de hielo, como era ella.

Brows la miró durante unos segundos.

Sí, era exactamente igual a Lady Janita en todo. Pero cuando la besó casi con furia, supo que los labios que se oprimían contra los suyos no eran los de la mujer a quien había enviado a morir en los campos de “dgyll” de Starrel.

CAPÍTULO V

Cuando la astronave estuvo en órbita, el capitán de la misma, desde su puesto de mando, presionó el botón que liberaba a los prisioneros de las ligaduras que los habían mantenido sujetos a sus literas durante el período de aceleración.

Senar se sentó en la litera, frotándose la muñeca con las manos.

Estaba en una de las literas superiores y, desde ella, pudo contemplar a placer el compartimento donde viajarían los condenados hasta su destino.

Había una veintena de sujetos, de las más variadas condiciones, edades y aspecto físico. Casi todos ellos, Senar los juzgó de una rápida ojeada, eran criminales. empedernidos.

Todos hubieran podido curarse de un modo: sometiéndose a una lobotomía que hubiera expulsado de su mente los instintos perversos que les dominaba. Pero esta operación, que muchos aceptaban a fin de olvidar el delito cometido y reintegrarse sanos de cuerpo y espíritu a la sociedad, era voluntaria, y aquellos individuos habían rechazado la propuesta reglamentaria que les había sido formulada tras el juicio y Condena correspondientes.

Salvo uno de ellos, quizá, un hombre de mediana edad y apariencia de importancia, los demás eran sujetos para los cuales la vida humana carecía de importancia. Los años de vida azarosa habían conferido a Jery una notable experiencia sobre el particular.

Uno de los condenados se le acercó de pronto.

- Capitán Senar.

Jery le contempló con indiferencia.

- Fui capitán. Ahora soy un simple condenado, con un número a la espalda.
- Lo mismo que yo — rió agriamente el sujeto —. ¿No me recuerda? Me llamo Thor Ewing. Serví como radarista en la última nave que mandó usted.
- Ah, sí, ahora caigo. ¿También va a Starrel, Ewing?
- También, capitán. Dicen que nadie ha salido de allí con vida... pero ¿quién sabe?, alguno tiene que ser el primero. ¿No le parece?
- Es posible — convino Senar.
- ¿Qué le pasó, capitán?
- Homicidio, Ewing.
- Lo mismo que yo — sonrió el condenado —. Me propusieron la lobotomía, pero les envié al cuerno. Nací con un cerebro y no pienso dejar que nadie me lo toque, ¿comprende?

- Sí, desde luego.
- No lo vamos a pasar bien, aunque, con un poco de suerte, tal vez salgamos adelante, suponiendo que no se organice alguna pendencia durante el viaje. Son seis semanas, capitán.
- Lo sé muy bien, Ewing.
- Bueno — dijo el hombre —, tiempo tendremos de charlar durante el viaje. Mientras tanto...

De repente Ewing bajó la voz.

- Capitán — susurró—, guárdese del hombre delgado que parece una bayoneta —. Elevó el tono —: Me alegro de saludarle, señor, aunque no de verle en este lugar, claro.

El condenado se alejó, silbando una cancioncilla de moda. Senar sacó un cigarrillo de encendido automático y se lo puso entre los labios.

Mientras aspiraba el humo, miró con gesto indiferente a su alrededor.

Vio al hombre delgado. Le pareció casi esquelético.

Sin embargo, lo que más le impresionó, y era un tipo curtido, fueron sus ojos: fieros, penetrantes, despidiendo destellos homicidas. Se dijo que era un asesino nato, un individuo de los que disfrutaban quitando la vida a los demás.

“Brows no descansa", pensó. Y casi en el acto, se puso a reflexionar acerca de la forma en que iba a ser atacado.

Ninguno de los presentes llevaban armas. Antes de embarcar, les había sido practicado un registro minuciosísimo. A menos, se dijo, que el hombre delgado llevase un lazo de estrangular automático, un arma mortífera que podía esconderse casi en el interior de una de las fosas nasales.

De pronto, se le acercó el hombre de la cara melancólica.

- He oído decir que fue usted capitán de astronave — manifestó.
- En efecto — contestó el joven—. Mi nombre es...
- Lo conozco — le interrumpió el sujeto—. Yo me llamo Bengt Delahaye. Capitán...
- ¿Sí, Bengt?

Los tratamientos y formulismos sobraban entre los condenados.

- ¿De veras son tan malos los campos de "dgyll" como dicen? — preguntó Delahaye con aprensión.
- Todo depende de los lentes que uno se ponga sobre la nariz para contemplar el panorama — sonrió Senar.
- Dicen que allí la gente no vive más allá de un año o año y medio.
- Por desgracia, así es.

Delahaye pareció derrumbarse.

- Yo tenía ciertas esperanzas... — murmuró con voz abatida.
- Deséchelas — dijo Senar crudamente —. Usted, yo, y todos los que estamos aquí, somos patos muertos.

Y saltando de la litera, se dirigió hacia la puerta del compartimento, que aporreó con ambos puños.

Una pantalla de televisión se encendió por encima de su cabeza .y en ella apareció la imagen de un guardia.

- ¿Quién es? ¿Qué diablos quieres, pedazo de inmunda escoria?
- Deseo hablar con la prisionera Sissy Zanoff, número de serie 3 EF — 00887 — contestó Senar, procurando situarse ante la cámara captora de imágenes, que enviaría la suya a la pantalla de observación del guardia.
- Para qué quieres hablarle?
- Eso no es cosa que te importe. Tengo derecho a ello y tú lo sabes. ¿O prefieres que reviente la puerta a puñetazos?

El guardia rió con ganas.

- No he oído cosa más graciosa desde que era niño y me contaban cuentos de hadas para dormirme. Anda, vete a la litera, si no quieres que te suelte una descarga de electrones que te haga bailar durante un cuarto de hora.

Senar no contestó. En lugar de hablar, alzó el puño y lo

descargó con todas sus fuerzas contra el panel metálico de la puerta.

El metal se combó hacia afuera. Las bisagras crujieron.

Los prisioneros se quedaron atónitos ante aquel alarde de fuerza física. El guardia soltó una obscena maldición.

- ¡ Espera! — rugió.

La puerta se abrió segundos después. El guardia miró primero la concavidad producida por el puñetazo de Senar y luego volvió los ojos hacia éste.

- ¡ Rayos! Eres un hombre fuerte de veras — dijo.
- Cuando hablaba de abrir la puerta a puñetazos, no hablaba en vano — contestó el joven.
- El capitán Johannson tendrá mucho que decir,

Senar empezó a cansarse.

- Escucha, pedazo de carne con ojos — le interrumpió —. Tengo derecho a hablar con la prisionera. O me acompañas junto a ella, o pasaré por encima de tu cuerpo reducido a pulpa, ¿comprendes?

El guardia cobró miedo un paso y gruñó:

- Sal. Pero no intentes nada contra mí — advirtió— o te desintegraré con un disparo de este cacharrito que tengo en la mano.
- Esos aparatos no me dan miedo — sonrió Senar—. Aunque te redujera a polvo, ni el mismísimo capitán Johannson podría hacer nada contra mí. Tiene orden de entregar veintiún prisioneros en Starrel y eso es lo que hará, aunque liquide a todos los guardias que le acompañéis ¡Vamos!

Janita era la única mujer condenada que viajaba en la expedición. Debido a su sexo, le había sido asignado un camarote individual.

El guardia acompañó a Senar hasta la puerta. Después de

abrirla, el joven le dijo:

- Cierra la puerta y lárgate. Cuando quiera salir de aquí, ya te llamaré por el altavoz.
- Para ser un simple condenado, mandas mucho — refunfuñó el individuo.

Senar no le hizo caso. Esperó a que se hubiese cerrado la puerta y, entonces, se volvió sonriendo hacia la joven.

- ¿Qué tal, Lady Janita?
- Ahora me llamo Sissy Zanoff — contestó ella con voz átona.

Estaba sentada en el borde de la litera, con el cuerpo rígido y las manos sobre el regazo. Senar se acercó a la joven.

- Póngase en pie, señora — pidió.

Ella obedeció.

- ¿Qué es lo que va a hacer usted?—preguntó.
- Librarle de ese incómodo capuchón. Legalmente, es potestativo de una mujer de su... profesión llevarlo, por lo que puede quitárselo cuando le apetezca. Sin embargo, debe ocultar su cara en actos públicos, como el juicio, por ejemplo.

Janita meneó la cabeza.

- Es "aceryl" — insistió —. Ni siquiera con un soplete.

Senar rió suavemente.

- Aprovechando que tengo la boca abierta, meteré dos dedos dentro y...

En efecto, metió los dos dedos índice y pulgar de la mano derecha dentro de la boca y asió uno de los molares internos. Lo hizo girar bruscamente y la pieza dentaria salió de su alvéolo.

- Si es usted delicada, lamento el espectáculo — se disculpó

el joven —. Pero resulta necesario.

Janita contempló con ojos estupefactos aquella muela que, en lugar de una triple raíz, tenía una sola, algo más larga que lo común y de forma cónica, con una diminuta muesca para poder encajar en el alvéolo de la mandíbula.

- Me la fabricó un dentista amigo, cuando un fulano me quitó dos piezas de un puñetazo en una pelea tabernaria —explicó Senar con brillante sonrisa.

Janita no tenía fuerzas para hablar. Atónita, vio que Senar presionaba en determinado lugar de la muela y que su raíz cónica se abría en dos partes, formando como las mandíbulas de una diminuta cizalla.

- También es "aceryl" — sonrió Jery—. Precisamente, el único metal que puede cortar el "acery".

Se acercó a la joven y introdujo una de las mandíbulas de la cizalla entre el borde inferior de la capucha y el cuello.

- Será un poco largo, pero no hay prisa, señora.

Ella no contestó. Senar empezó su labor, cortando cosa de medio centímetro cada vez. Estaban muy juntos y él podía percibir claramente la cálida fragancia del cuerpo joven y firme de Janita.

Minutos más tarde, arrancaba la capucha, dejando al descubierto la cabeza de Janita. Los cabellos de color de bronce cayeron sueltos en rutilante cascada, hasta casi la cintura de la joven.

Janita se pasó una mano por la cara.

- ¡Dios mío! —murmuró—. Me parece mentira...

Senar volvió la muela a su alvéolo.

- Eliminado el peligro de muerte por sofocación — dijo en tono alegre.
- Pero quedan todavía los campos de "dgyll", capitán.

- Saldremos de allí — afirmó él con acento rotundo.
- Usted es hombre de recursos, capitán. Los condenados son todos gente desesperada. Yo podría ofrecerles millones... Usted les propondría apoderarse de la nave y regresar a la Tierra.

Senar dirigió a la joven una dura mirada.

- ¿Está loca? ¿Un motín en el espacio? Sería la última cosa que se me ocurriría hacer, señora.
- ¿Por qué?
- No habría ahora piedad para nosotros. Nos ejecutarían sumariamente apenas nos apresaran... si no nos disparaban antes un torpedo con cabeza nuclear para no correr riesgos.
- Entonces, no hay más remedio que ir a Starrel.
- ¿No era usted la que me propuso ese viajecito? Pues ya lo estoy haciendo... y en su compañía, además. Por otra parte, si volviese a la Tierra antes de haber desenmascarado a Brows, la enviarían a una penitenciaría, donde se pudriría allí durante el resto de sus días.
- No es usted muy amable hablando que digamos — se quejó ella.
- Señora, usted está acostumbrada a que le doren la píldora en todas las ocasiones. A mí, en cambio, me gusta hablar con claridad. ¿Comprende?

Ella asintió.

- Sí... supongo que tengo que confiar en usted y dejarle plena libertad de acción.
- Exactamente eso es lo que pretendo. Así podré ganarme la recompensa que me ofreció.
- Dos recompensas, capitán — le recordó Janita con intención.
- No quiero más que una, señora: los cinco millones de solares que me prometió. Es suficiente para mí.
- Con cinco millones se pueden tener muchas mujeres tan hermosas como yo. ¿No era eso lo que quería decirme, capitán?

Jery sonrió:

- Yo las tenía sin necesidad de agitar ante ellas una bolsa llena de monedas de oro — contestó con ironía.

Y, acercándose a la puerta, llamó para que abriese el guardia.

CAPÍTULO VI

Cuando entró en el compartimento de los condenados, vio un confuso montón de gente que se agitaba en tomo a un individuo caído en el suelo

Asomó la cabeza. El hombre caído era Ewing.

Sufría horriblemente. Su rostro estaba amoratado y una sucia espuma se escapaba de sus labios.

- ¿Qué le pasa?—preguntó Senar.
- No lo sé — contestó uno de los condenados —. De pronto, se puso a chillar como un cerdo herido, diciendo que se moría... luego cayó al suelo y ...

Las convulsiones de Ewing disminuían rápidamente. Senar se percató de que el antiguo radarista moría a causa de una intoxicación producida por la introducción en la sangre de una minúscula dosis de la hierba “dgyll”.

Conocía los síntomas y sabía que no había antídoto contra una dosis de medio gramo introducida en la corriente sanguínea. Pero ¿cómo se había producido aquella muerte?

Se arrodilló junto al caído y le examinó atentamente, aunque procurando no tocarle. No tardó en ver un diminuto rasguño en el brazo izquierdo, cerca del hombro.

Parecía un arañazo vulgar y corriente. Pero era por allí por

donde la droga fatal había penetrado en el organismo del moribundo.

Se puso en pie.

— No hay nada que hacer — dijo.

Alguien aporreó la puerta, clamando auxilio histéricamente. Senar se apartó a un lado.

Ewing le había avisado de las intenciones del hombre delgado. Senar le observó con disimulo, mientras encendía un cigarrillo.

El hombre delgado fumaba también con gesto indiferente. Al tomar su pitillo con dos dedos, Senar advirtió que tenía las uñas demasiado largas y puntiagudas.

“Hasta aquí llega el largo brazo de Brows”, pensó.

Minutos después el cadáver de Ewing era extraído del compartimento. El capitán Johannson, sin preocuparse lo más mínimo del incidente, hizo una anotación en el diario de a bordo y luego ordenó que el cuerpo del difunto fuera arrojado al espacio por el expulsor de desperdicios.

Llegó la noche, es decir, el período en que se observaba en la nave el descanso, según el horario terrestre. La luz del departamento fue atenuada casi por completo, quedando sólo el resplandor suficiente para que los condenados pudieran descansar sin molestias y, al mismo tiempo, fueran observados por los vigilantes.

Jery no se durmió. Sabía por qué había muerto Ewing.

Esperó. Las horas fueron pasando lentamente.

Bien pasada la media noche, uno de los condenados abandonó su litera, acercándose a la que ocupaba el joven. Senar le aguardó sin hacer el menor movimiento.

El silencio era absoluto. El asesino estaba ya a dos pasos de la litera.

Levantó la mano derecha. Entonces, Senar, con la izquierda, a modo de maza, le golpeó en plena cara, derribándole al suelo sin sentido.

Saltó de la litera. Los condenados dormían profundamente.

Agarró al hombre delgado y se lo llevó a los lavabos, cerrando la puerta con pestillo. Una vez allí, con su muela postiza, le recortó cuidadosamente las uñas.

No quería correr el menor riesgo cuando el hombre despertase.

Acto seguido, sosteniéndole con el brazo izquierdo por la cintura, le acercó a uno de los lavabos y metió sus manos en la pileta, abriendo el grifo a continuación.

Dejó que el chorro de agua cayera sobre sus dedos. El líquido arrastró los últimos vestigios de la droga fatal.

Los polvos de “dgyll”, y a Senar no le cabía duda alguna de que el asesino se había colocado una buena dosis de los mismos bajo las uñas, eran perfectamente solubles en el agua. Un momento después, le dejaba tendido en el suelo.

El hombre delgado continuaba aún desvanecido. Senar le despojó de sus ropas rápidamente y empezó a palparle la epidermis centímetro a centímetro.

Segundos después, encontraba una especie de protuberancia en la cara interna del brazo izquierdo. Senar sonrió satisfecho.

Parecía piel auténtica, pero no lo era. Con infinito cuidado, Senar insertó una uña bajo el borde de la protuberancia y, tras haberla levantado cosa de dos centímetros, dio un brusco tirón.

La piel falsa tenía una extensión de quince centímetros de largo por diez de ancho. Debajo de la misma halló un finísimo cable de “aceryl”, terminado por uno de sus extremos en una cajita oblonga de un *centímetro* de grueso, por dos de ancho y tres de largo

Aquella era una de las armas favoritas de los asesinos a sueldo: el lazo automático. Se colocaba el cable en torno al cuello de la víctima, se oprimía un botón de la cajita... y el mecanismo de presión hacía el resto en contados segundos.

Senar esperó pacientemente. Al cabo de unos minutos, el hombre delgado abrió los ojos.

Su nombre y número estaban impresos en la tela del uniforme carcelario. Se llamaba Leggen Schultzen.

Senar sonrió, a la vez que sostenía con dos dedos el mecanismo de presión del lazo automático.

- ¿Ves esto, Schultzen? — dijo—. Ahora, mírate una de tus manos.

El hombre delgado obedeció instintivamente. Al ver que le habían cortado las uñas, emitió un sordo rugido de ira.

- Qué es lo que quieres? — preguntó.

- Oír tu deliciosa voz — respondió Senar—. ¿Por qué mataste a Ewing?
- Yo no...
- Mira, canalla — le interrumpió el joven —. Tú y yo somos dos perros viejos para tratar de engañarnos con rodeos inútiles. Tú arañaste a Ewing y éste murió al cabo de pocos minutos. ¿Quién te lo ordenó?

Schultzen apretó los labios.

- Un asesino pagado debe ser leal a quien contrata sus servicios — añadió el joven—. Pero no hasta el punto de dejarse el pellejo en su honor. ¿Fue Duke Brows?

El rufián continuó guardando silencio. Seguía en el suelo, apoyado sobre un codo, Senar estaba arrodillado a su lado, sosteniendo con dos dedos el mortífero mecanismo.

- Bien, veo que es verdad — suspiró Jery—. ¿Por qué mataste a Ewing?

Al igual que las veces anteriores, Senar no obtuvo la menor respuesta.

—Contaré hasta tres y no te daré ninguna opción. ¿Le mataste porque me avisó?

- Si quiere saberlo, le diré que era un agente secreto.

Senar respingó. Cualquier cosa hubiera esperado menos que aquella contestación.

Durante un segundo, relajó la guardia. Entonces, Schultzen le demostró también que era hombre de recursos.

Lanzó su mano derecha hacia delante, recogiendo todos sus dedos, a excepción del índice. Éste perdió su aspecto de dedo, transformándose en una larga y afilada hoja de acero, que se desplegó como una navaja de resorte con seco chasquido.

Senar maldijo mientras echaba el dorso hacia atrás. Había olvidado que el índice transformable era uno de los muchos trucos sucios que solían emplear los asesinos profesionales.

Schultzen erró el golpe, dirigido a la yugular de

Senar pero le rajó la mejilla desde el pómulo al mentón. La sangre brotó en el acto.

Pero en el mismo momento y, aunque involuntariamente, el dedo pulgar de Jery presionó el botón que ponía en funcionamiento el lazo automático.

Dentro de la cajita, un diminuto carrete se puso en marcha instantáneamente y a gran velocidad, recogiendo el hilo de "aceryl", que tenía apenas un milímetro de sección. Pese a su delgadez, aquel hilo era capaz de soportar una tonelada de peso antes de romperse.

El lazo se hundió profundamente en la carne del cuello de Schultzen. Los ojos del asesino voltearon en sus órbitas. Se llevó la mano a la garganta en un gesto instintivo, pero ya era tarde.

Sólo fundiendo con soplete la caja del mecanismo podía soltarse el lazo. Senar no disponía de soplete y, además, la presión del hilo sobre la faringe causaba destrozos irreparables.

Schultzen murió rápida y horrorosamente. Pocos momentos después, había dejado de moverse.

Entonces, Senar notó que la sangre continuaba cayéndole por un lado de la cara. Era preciso restañar la hemorragia.

Se arrodilló, arrancando de un tirón un trozo del bajo de los pantalones del uniforme. Era una tira de tela adhesiva, con virtudes desinfectantes y hemostáticas, que se aplicó al corte, con la ayuda de un espejo.

Luego se lavó cuidadosamente las manchas de sangre. Parte de su uniforme quedó mojado, pero sabía que la humedad desaparecería pronto.

Contempló el cadáver de Schultzen, cuyo rostro ofrecía un aspecto horripilante.

Era preciso deshacerse de aquel cuerpo. Gruñó, descontento; la operación le iba a costar uno de sus más preciados bienes.

El cuarto de aseo era grande y espacioso. Senar cogió el cadáver y lo situó sentado sobre una de las piletas próxima a una ventanilla circular. La extrema delgadez del cuerpo le permitió actuar con facilidad.

Acto seguido, metió dos dedos en la boca y se arrancó una de las muelas postizas. Manipuló en un ligero saliente y colocó la pieza dentaria en el vidrio de la lucerna, adhiriéndola al mismo con

un trocito de jabón.

La muela no era sino una bomba de tiempo, capaz de abrir un boquete de dos metros en el casco de la astronave. Senar sabía que estallaría al cabo de sesenta segundos.

El aire se escaparía violentamente al exterior, arrastrando consigo el cadáver de Schultzen.

— O lo que quede de él, tras el estallido — se dijo.

Salió del cuarto de aseo, cerrando la puerta con cuidado. Era estanca, así que no había que temer fugas de aire después de la explosión.

Los condenados continuaban durmiendo. Senar corrió a su litera y se cubrió con una manta.

Segundos después, el casco de la nave sufría una tremenda sacudida.

Empezaron a sonar gritos de alarma. Senar fingió sorpresa, al igual que sus compañeros.

CAPÍTULO VI

Algunos días más tarde, cuando ya habían rebasado la órbita de Marte y se aproximaban al cinturón de asteroides. Senar solicitó y obtuvo permiso para visitar a Lady Janita.

La joven le recibió con muestras de ponderada satisfacción.

- Creí que no iba a visitarme más hasta llegar a Starrel — dijo, tras los primeros saludos.
- No quiero hacerme demasiado molesto con peticiones de visitas — contestó él —. Supongo que ya estará enterada de los últimos acontecimientos.
- Sí, algo me han contado los guardias. ¿Qué ha pasado, capitán?
- Un hombre me avisó que había un asesino profesional a bordo...

Senar explicó a la joven con todo detalle lo sucedido. Janita se mostró profundamente preocupada.

- Está visto que Brows no quiere que lleguemos con vida a Starrel — dijo.
- Lo mismo pienso yo — convino Senar—. Trata de colocarnos obstáculos tras obstáculo, temeroso de que un día podamos escapar de los campos de “dgyll”. Eso demuestra una cosa de modo indubitable.
- ¿Cuál? — preguntó la joven.
- Que tiene miedo.
- Sí, eso creo yo también — respondió Janita—. Y, más

concretamente, le tiene miedo a usted.

- En cambio, a quien yo temo ahora es al capitán Johannson.
- ¡Cómo! —se sorprendió la joven.
- Observa una actitud muy rara — declaró Senar—. No efectuó la menor indagación por la muerte de Ewing ni tampoco se le ocurrió investigar la falta de Schultzen. Lo único que hizo fue reparar el portillo estropeado por la explosión y nada más.
- ¿Qué sospecha de Johannson?
- No lo sé a ciencia cierta. Pero Brows dispone de dinero abundante.
- ¿Le habrá comprado también?
- No pondría yo la mano en el fuego por jurar en contrario — contestó Senar —. Sí, el capitán nos está preparando una... y lo malo es que no sé cuáles son sus intenciones para contrarrestarlas.

Janita se quedó pensativa.

- Tal vez, si yo le hablase... Puesto que se trata de dinero, yo puedo ofrecerle cien veces más de lo que le haya pagado Brows.
- Resultaría inútil — contestó Senar.
- ¿Por qué?
- Brows se habrá cuidado muy bien de enSenarle a la fingida Lady Janita, aunque, claro está, el trato se habrá hecho a solas, a fin de simular que obra a espaldas de la mujer que desempeña ahora su papel. Por lo tanto, Johannson no la creería a usted.
- Sí — suspiró ella desanimada—. Brows ha realizado las cosas de tal manera que no tenemos escapatoria posible.
- Aún estamos vivos — sonrió Senar —. Y yo pienso volver a la Tierra para sentarle la mano encima a ese canalla.

Se tocó la mejilla. El esparadrapo curativo había iniciado ya satisfactoriamente el proceso de cicatrización de la herida que le había infligido Schultzen.

- Aunque toda mi vida llevaré un recuerdo de sus acciones — añadió.
- Hay algo que se llama cirugía plástica — insinuó ella.
- No me gusta que los médicos entren a saco en mi cuerpo — gruñó Jery—. Bueno, me vuelvo...
- Espere un momento — pidió Janita.

Senar la miró inquisitivamente. Ella tras breve vacilación, continuó:

- Capitán, la primera vez que nos vimos, dijo usted que hacía tiempo que estaba deseando entrevistarse conmigo, pero que no lo había hecho por temor a mi batallón de secretarios.
- Lo recuerdo, señora.
- ¿Y bien? Ahora no tengo a ningún secretario entre usted y yo. Hable, capitán. ¿Para qué quería verme?

Jery frunció el ceño.

- Yo mandaba una de las astronaves de su flota— contestó —. La “Andrea Doria”.
- Sí, recuerdo el nombre.
- Hubo un accidente a bordo, no importa ahora de qué se trataba. La comisión investigadora me declaró inocente de los cargos que se me imputaban.

Usted, sin embargo, decidió que debía ser expulsado de su compañía. Ello me costó la patente.

- ¿Yo? — se extrañó la joven.
- Sí. Aún conservo... en la Tierra, claro, el documento de baja firmado por usted de su puño y letra. También conservo una respuesta suya, escrita, a una petición de entrevista, con objeto de exponerle personalmente mi modo de pensar y solicitar reconsiderase su decisión. Usted denegó la entrevista.

Janita bajó los ojos.

- Lo siento, capitán. Créame que, si pudiera arreglar ese asunto...
- Ahora ya es tarde, señora.
- Cuando me hice cargo de las empresas de mi marido, me aconsejaron que, en casos semejantes, debía ser inflexible. No sé qué más decirle, capitán.
- Ahora ya es tarde, repito. Pero ello no debe influir en mi modo de actuar con respecto a este asunto. Usted me contrató por cinco millones...
- Y algo más — declaró ella con vehemencia.
- Rechazo de plano esa recompensa — dijo Senar en tono firme —. Sólo quiero los cinco millones. Después bueno, adiós y buen viaje. Cada uno por su lado.
- Suponiendo que salgamos con vida — dijo Janita.
- No nos dejaremos el pellejo en la empresa, aunque es muy posible que nos lo chamusquemos — contestó él.

De repente, se percibió una ligerísima trepidación en el casco de la nave. Casi en el acto empezaron a chirriar los timbres de alarma, pero su estridente sonido se apagó a los pocos momentos.

- ¿Qué es eso?—preguntó Janita con aprensión.
- Meteorito — contestó Senar —. Debe de ser una perforación de escasa importancia, porque el escape de aire ha sido contenido rápidamente.
- ¿Y si hubiese sido mayor?
- Entonces, es posible que no lo estuviéramos contando ya — dijo él fríamente—. Estamos llegando al cinturón de asteroides, así que no será extraño que se produzca algún accidente más por el estilo.

* * *

El elegante caballero que paseaba tranquilamente por la acera, tropezó de modo inesperado con una hermosa dama, haciéndola vacilar ligeramente. Ella perdió el bolso, que cayó al suelo.

El caballero se apresuró a recoger el bolso y a devolvérselo a su dueña.

- Mil perdones, señora — dijo, enseñando una deslumbrante dentadura al sonreír—. ¿Cómo pudo pasarme inadvertida una dama de tan impar hermosura y tropezar con ella como el más grosero de los patanes? Sentiría infinito que llegase a creer que este encuentro había sido provocado deliberadamente.
- No se preocupe — contestó ella, sonriendo—. Cosas como ésta le pasan a cualquiera. No tiene importancia.
- Sus palabras caen sobre mi conturbado ánimo como el rocío sobre la hierba de un prado agostado — contestó el caballero empleando un lenguaje altisonante. —. Pero deberé reparar una omisión imperdonable: aún no he sido lo suficientemente correcto para presentarme. Señora, conde Piero Giusto della Speranza.

Juntó los tacones y movió la cabeza en una rápida inclinación.

Sissy Zanoff se quedó aturdida por unos instantes. ¡Un conde! ¡Un conde auténtico!

Y no era un tipo mal parecido, ni mucho menos. A primera vista, se le podían calcular unos treinta y dos años; era alto, de anchos hombros, frondosa cabellera negra y dentadura deslumbrante, que enseñaba a cada instante, al sonreír. Las elegantes vestiduras que usaba le delataban no sólo como persona de exquisito gusto, sino de elevada posición económica. En fin, el conjunto quedaba completado por un anticuado pero encantador monóculo que el conde usaba con sin igual desenvoltura y naturalidad.

Sissy se rehízo de la sorpresa y tendió la mano hacia el caballero.

- Soy Lady Janita Dyne-Shoutts — se presentó. Y bajando los ojos púdicamente, añadió —: Tal vez haya oído hablar de mí, conde.
- De usted los únicos que no han oído hablar son los que no han nacido, porque hasta los sordos abrieron sus oídos para escuchar las alabanzas a su belleza—. Se inclinó hacia delante y depositó un galante beso en el dorso de la mano que tenía entre las suyas.

Sissy se estremeció. ¡Un conde le estaba besando la mano!

- Lady Janita — siguió el caballero—, si no fuera descortesía por mi parte, la cual, en todo caso, estaría motivada por la osadía que me inspira su hermosura, me atrevería a pedirle aceptase mi invitación para tomar algo que nos permitiera celebrar la mutua satisfacción de este primer encuentro.

Sissy hizo aletear sus espesas pestañas.

— Acepto complacidísima, conde — dijo, estremeciéndose de placer por anticipado.

* * *

Jery Senar despertó de pronto, agobiado por una extraña sensación que no acertó a definir con exactitud.

Todo marchaba bien a bordo de la astronave. No se percibía el menor ruido extraño: únicamente se captaba el debilísimo rumor que producían los motores propulsores, en continua aceleración, a fin de alcanzar cuanto antes la zona de salto al hiperespacio.

Pero la sensación de peligro continuaba. Senar la había experimentado antes en más de una ocasión y, siempre que le había ocurrido una cosa semejante, se había visto en un grave aprieto.

Los diecisiete condenados restantes dormían con tranquilidad. La nave, aparte del capitán, la tripulación y la media docena de guardias de escolta, no llevaba otras personas que los prisioneros.

Ignoraba la hora que era, dado que había sido despojado de sus objetos personales en el momento de embarcar. Era una lástima, porque en el relej llevaba, entre otras cosas, una finísima sierra de “aceryl”, capaz de aserrar un barrote de metal de cinco centímetros de grueso en otros tantos minutos. Era una lástima que le hubiesen despojado de la mayor parte de su arsenal particular.

Tenía la litera junto a una lucerna de medio metro de diámetro. Volvió los ojos hacia las estrellas.

De pronto, vio un objeto metálico que se separaba del casco de la astronave.

Frunció el ceño. ¿Qué era aquello?

Parecía un bote espacial salvavidas...

¡Era un bote salvavidas!

Los chorros de popa de la navecilla la impulsaban con gran fuerza. En pocos momentos se perdió de vista en la negrura del espacio.

- ¡ Maldición! — rugió Senar en voz alta.

Alguien se despertó cerca de él. Era Delahaye.

- ¿No podría hablar en tono más bajo? Me impide dormir — se quejó el sujeto.
- Olvídese del sueño, hermano — contestó Senar—. Si el capitán Johannson y sus tripulantes no se han escapado, dejándonos solos a bordo de este cascajo, es que soy tonto de nacimiento. Y eso es cosa que nunca ha sido nadie que llevase el apellido Senar.

CAPÍTULO VIII

Delahaye ocupaba la litera contigua. Se incorporó un poco y, apoyándose en un codo, miró al joven:

- ¿Cómo ha dicho usted?
- Sencillamente, que Johannson y su tripulación de piratas se han largado, dejándonos solos en el espacio.
- ¡ No es posible!

Las voces de los dos hombres despertaron a algunos de los durmientes.

- ¿Qué pasa?—preguntó un sujeto tan ancho de hombros, pero más alto que Senar y que respondía al nombre de Willets.

Jery le contestó lo que sospechaba. Empezaron a oírse voces de alarma.

- Y qué haremos, solos en el espacio? — preguntó un individuo de tamaño tan escaso que parecía un enano. Se llamaba Doohay.

Senar frunció el ceño.

- Vamos a comprobar si es cierto lo que digo — contestó, encaminándose hacia la puerta del compartimiento.

Delahaye corrió hasta emparejarse con él.

- Suponiendo que sea verdad, ¿por qué nos han abandonado? — quiso saber.
- No tengo la menor idea, aunque espero conocer la verdad dentro de poco. Espere un momento.

Llegó junto a la puerta y sin perder tiempo en llamadas que presumía inútiles, la asestó un fenomenal puñetazo.

El casco vibró casi musicalmente. La puerta se combó hacia afuera, pero no cedió.

- Déjame, compañero — pidió Willets.

Sus fuerzas eran asimismo hercúleas. Dio dos golpes y la cerradura crujió

- Ahora yo — dijo Senar.

Fueron necesarios todavía varios golpes más, antes de que el pestillo de seguridad saltase con metálico chasquido. La puerta giró violentamente sobre sus goznes, permitiendo ver el pasillo desierto.

Un aullido de rabia brotó al mismo tiempo de casi todas las gargantas. Tras unos segundos de vacilación, Senar corrió hacia el camarote que ocupaba Janita.

Abrió la puerta y encendió la luz. Senar respiró aliviado. Janita seguía a bordo de la nave.

La joven se sentó en la litera, cubriéndose instintivamente los senos con el embozo de la ropa.

- ¿Qué pasa, capitán? — preguntó—. ¿Porqué me despierta a horas tan intempestivas?

De pronto, oyó los gritos de furia de los condenados. Palideció.

- ¿Un motín?

Senar sacudió la cabeza.

- No. El capitán Johannson, la tripulación y los guardias nos han abandonado.
- ¡Dios mío! Pero...
- Vístase — ordenó él —. Ahora no hay tiempo para explicaciones.

Giró sobre sus talones y abandonó la cámara. Veinte pasos más adelante dio media vuelta de nuevo y regresó al mismo sitio.

Janita gritó. Senar se situó bajo el dintel, justo en el momento en que uno de los condenados se acercaba a la joven, contemplándola con ojos codiciosos.

Janita no había tenido tiempo aún de vestirse y aparecía con el cuerpo cubierto sólo por un minúsculo camisón. El condenado alargó la mano hacia la prenda.

Senar le tocó el hombro suavemente. El condenado se volvió.

Instantes después, volaba hacia el mamparo próximo, a causa del formidable puñetazo que le había asestado el joven. Senar se acercó al caído, se inclinó, le agarró por los pies y miró a Janita.

- Si los guardias no están, imagínese qué será de la disciplina — dijo.

Ella asintió en silencio, todavía muy pálida. Senar sacó el cuerpo inconsciente del condenado al pasillo y, por encima del hombro, añadió:

- Esperaré a que termine de vestirse, pero dese prisa, por favor.
- Trataré de hacerlo — prometió ella.

Janita se vistió en un par de minutos. Luego salió y se colocó al lado de Senar, dirigiéndole una profunda mirada.

- Bien, venga conmigo y no se separe de mi lado para nada.

Caminaron hacia el puesto de mando. Por todas partes se oían risas y voces de júbilo.

Senar adivinó lo que pasaba.

- Han encontrado el armario de los licores. Esto se va a convertir en una sucursal del infierno antes de diez minutos — dijo en tono sombrío.

Llegaron a la cámara de control. Delahaye y otro condenado estaban allí.

- No entendemos nada — dijo Delahaye.
- Yo, sí — contestó Senar—. A ver apártense a un lado.

Toda su antigua pericia volvió a él en contados segundos. Movió teclas, pulsó botones y puso instrumentos en funcionamiento. Varias pantallas se iluminaron a los pocos instantes.

Senar examinó el detector de cuerpos celestes. Un "pip" de monótono e insistente sonido se dejó oír a poco.

- Tenemos enfrente un pedrusco, aunque ignoro su tamaño — dijo —. Esperemos un poco.

Conectó el detector de masas. Mientras, ponía en funcionamiento la pantalla telescópica y el indicador de órbitas.

El primer aparato le dio una noticia nada satisfactoria.

- Vamos derechos a encontrarnos con ese asteroide — dijo.

Lanzó un vistazo a la pantalla telescópica. El asteroide se hallaba todavía demasiado lejos para poder apreciar detalles.

El indicador de órbitas dio su respuesta a los pocos momentos,

confirmando las sospechas de Senar.

- Dentro de treinta minutos nos daremos de narices contra esa piedra — informó. Miró otro indicador —.

Tiene un tamaño de unos doscientos metros de diámetro, más o menos... y su órbita es exactamente opuesta a la nuestra.

El otro condenado escapó de la cámara al oír la noticia. Janita miró al joven con expresión de angustia.

- Capitán, ¿no puede hacer nada para evitar la colisión? — preguntó.
- Voy a intentarlo — respondió él.

Manipuló en los correctores de rumbo. El aparato permaneció inmóvil.

Senar adivinó lo que sucedía.

- Los mandos de corrección de órbitas están bloqueados — dijo.

Un gemido de angustia se escapó de los labios de la muchacha. Sin poder contenerse, lanzó una mirada hacia la pantalla telescópica.

El tamaño del asteroide había aumentado bastante. Ciertamente, se hallaba aún a varios millones de kilómetros de distancia, pero las velocidades respectivas eran muy altas y, además, directamente opuestas, con lo que la separación disminuía con rapidez.

- ¿No puede hacer nada para reparar esos mandos? — preguntó Delahaye.
- Sí... si dispusiera de tiempo — contestó él—. Pero la colisión se producirá sin remisión antes de media hora, repito.

De pronto Willets, seguido por media docena de sujetos, todos ellos con los rostros congestionados por el alcohol, apareció en la puerta de la cámara.

- ¿Qué ha dicho este buen amigo?—preguntó el gigante con voz ronca—. ¿Es cierto que vamos a estrellarnos contra un asteroide?
- Así es — corroboró el joven—. Y esto no ha hecho...
- No me importa quién lo haya hecho — le interrumpió Willets—, sino si tiene o no arreglo.

De súbito un grito resonó con fuerza por encima de las cabezas de los amotinados.

- ¡Hay un bote salvavidas, muchachos! ¡Y está intacto!

Inmediatamente se produjo una estampida hacia la popa de la nave. Willets, sin embargo, no sólo no se marchó, sino que se adentró en la cámara.

Sonreía con gesto torvo.

- Vamos, muchacha — dijo, alargando la mano hacia Janita —. Es una lástima que una preciosidad como tú se convierta en polvillo cósmico.

Janita chilló cuando sintió la zarpa del gigante cerrarse sobre su muñeca. Entonces, Senar bajó el filo de la mano derecha y golpeó el antebrazo de Willets secamente.

Se oyó un fuerte chasquido. Willets lanzó un grito de dolor y se agarró el miembro fracturado.

- Lárgate — ordenó el joven fríamente—. Si vuelves a tocarla, será tu cuello el que rompa y no un solo brazo.

Willets cobró miedo. Giró sobre sus talones y huyó a la carrera.

Janita se tapó el rostro con las manos.

- A veces odio mi propia belleza — murmuró.
- Y la odia tanto, que hace ocho años la vendió por un montón de millones — declaró Senar con crudeza.

Ella fue a protestar, pero Delahaye se interpuso.

- Por favor — rogó—, dejen a un lado sus propios

problemas. Hay un bote salvavidas. ¿Por qué no escapamos en él?

- No impediré que lo hagan — contestó Senar—. Pero yo me quedo aquí.
- ¡ La nave se destruirá en la colisión! — exclamó Janita.
- Es posible, pero prefiero correr ese riesgo, que aún no se ha producido, al de subir a bordo de un bote salvavidas, dejado deliberadamente por el capitán Johannson. Si hubieran querido salvarnos, nos habrían llamado con tiempo, ¿no les parece?
- ¡Cómo!—respingó Delahaye—. ¿Sospecha que el bote...?
- Pronto lo veremos — afirmó Jery.
- ¡ Es preciso avisar a esos desdichados! — dijo Delahaye, lanzándose hacia la puerta.
- Hágalo, pero no atenderán su aviso — declaró el joven—. Están ciegos por escapar y desoirán cualquier argumento.

En aquel momento se produjo una leve sacudida. Senar volvió los ojos hacia el cuadro de instrumentos y, tras unos instantes de observación, dijo:

- Ya es tarde. El bote ha despegado.

Janita se tapó los ojos con las manos y empezó a sollozar apagadamente. Con gran presencia de ánimo, Delahaye encendió un cigarrillo:

- Bien, al menos será una muerte indolora — dijo.

Senar hizo girar el objetivo exterior del telescopio,
hasta encuadrar la imagen del bote.

La navecilla huía a toda velocidad por el espacio. En pocos segundos, alcanzó una enorme distancia.

De pronto, un vivísimo relámpago iluminó la noche espacial.

Cuando el resplandor se hubo disipado, el bote había desaparecido.

Delahaye y Senar se miraron. La mano del primero temblaba un poco y la ceniza del cigarrillo cayó por sí sola.

- Tenía usted razón, capitán. Ese bote salvavidas era una

trampa preparada por Johannson. Pero ¿por qué...?

- Muy sencillo: quería deshacerse de nosotros dos — Senar indicó a la joven con un movimiento del mentón.
- Y, para ello, no le importó matar a un montón de seres humanos.
- Escoria, según ciertas apreciaciones — dijo Senar—. Pero, o mucho me equivoco, o Johannson erró sus cálculos y nos vamos a salvar.
- Ésa es una buena noticia — respiró Delahaye con alivio.
- Pendiente de confirmación — contestó el joven.
- ¿Cuándo la confirmará?—quiso saber Janita.

Senar estudió de nuevo el cuadro de instrumentos.

- Si dentro de diez minutos estamos vivos, es que he acertado. De lo contrario...

Calló, mientras situaba de nuevo la pantalla telescópica en posición.

El asteroide ocupaba ahora todo el ámbito de la pantalla. Pronto pudieron contemplarlo a ojo desnudo.

Era un enorme pedrusco, del que se desprendían, en ocasiones, destellos verdosos, según incidían sobre su rugosa superficie los rayos del sol, distante en aquellos momentos unos trescientos cuarenta millones de kilómetros. Giraba en el espacio con infinita lentitud, pero, aun así, tal movimiento era claramente perceptible.

El asteroide se acercó a velocidades terroríficas. Su imagen se agrandaba con enorme rapidez.

Janita se volvió de espaldas para no verlo. Delahaye movía los labios produciendo un tenue bisbiseo. Rezaba.

Senar se agarró con manos crispadas al borde del tablero de control. Por un momento, temió que sus predicciones resultaran erradas.

El asteroide pasó a menos de cincuenta metros de la nave. Senar, experimentado hombre del espacio, sintió el “tirón” gravitacional del enorme pedrusco que, unos momentos después, se perdía en las oscuras profundidades siderales.

- ¡Pasó! —dijo con énfasis dramático.

Janita le miró con ojos extraviados. Delahaye tenía el rostro bañado en sudor.

- ¡ Dios mío! ¡ Creí convertirme en polvillo cósmico! — dijo.

Senar sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Soltó una irónica risita.

- ¡ Y pensar que nos hemos dejado escapar una fortuna de centenares de millones! ¡Ese asteroide estaba compuesto, en más de un cincuenta por ciento, por cuarzo aurífero!
- ¿Qué importa ahora el oro? — exclamó Janita —. Lo importante es que hemos salvado la vida.
- De manera inconcebible — terció Delahaye —. ¿Era tan mal astronauta el capitán Johannson como para no saber establecer una órbita correcta de colisión si quería matarles a ustedes dos?
- No. Los cálculos eran acertados. Pero Johannson no contó con los imponderables — respondió Senar.
- ¿Cuáles son esos imponderables?—quiso saber la joven.
- Johansson urdió un plan que no podía fallar. O nos quedábamos a bordo, y en tal caso nos estrellaríamos Contra el asteroide, o embarcábamos en el bote y éste reventaba a unos cientos de kilómetros de la nave, con las consecuencias que son de suponer. Las especulaciones de Johannson eran correctas, repito, y habrían dado resultado si yo hubiese tripulado el bote.
- No le entiendo — dijo Janita.
- Sencillamente, el piloto del bote carecía de experiencia y despegó con fuerza. ¿Recuerdan la sacudida de la nave en el momento en que el bote se separaba?

Delahaye chasqueó los dedos.

- ¡Ya comprendo! ¡Esa sacudida apartó la nave unos centímetros de la órbita prefijada por Johannson, centímetros que luego se convirtieron en los metros suficientes para evitar la colisión!

- Exacto — convino Senar con amplia sonrisa, mientras clavaba los ojos en el rostro de Janita.

Ella le arrebató el cigarrillo con gesto brusco.

- ¡Traiga acá!—dijo, enojada—. Nunca le perdonaré que no me lo hubiese advertido antes. ¡ Fueron diez minutos de angustia que no olvidaré jamás!

Senar seguía sonriendo. Pero su tono no era de broma.

- Si cree que yo no pasé miedo, se equivoca, señora — dijo —. Estoy seguro de que ahora tengo un par de cientos más de canas que antes de saber que nos encaminábamos hacia el asteroide.

Se puso un nuevo cigarrillo en los labios y se volvió hacia el cuadro de instrumentos:

- Y ahora — añadió —, es preciso hacer lo que todo capitán de astronave haría en un caso semejante: llamar a las Patrullas del Espacio.

CAPÍTULO IX

La primera astronave de patrulla se presentó cuarenta y ocho horas más tarde.

Después de abarloar al costado de la nave de los condenados, el jefe de la patrulla, capitán Maynard, abandonó la suya. Momentos después, se hallaba en presencia de los tres únicos ocupantes de la

astronave.

Maynard era un sujeto de rostro ceñudo y expresión severa. Sin hacer el menor comentario, escuchó atentamente la relación que le hizo Senar de lo ocurrido.

- Sissy Zanof y Delahaye son testigos — terminó el joven su declaración—. Ellos corroborarán cuanto acabo de decir.

Maynard contestó:

- Le creo, Senar. Y le creo por una sencilla razón: Johannson y su tripulación fueron recogidos ayer..., es decir, hace unas dieciséis horas. Johannson manifestó que su nave había sufrido una ligera avería, que la había situado en rumbo de colisión con un asteroide. Al enterarse los condenados, se amotinaron, por lo que

Johannson **y** sus tripulantes, a fin de evitar correr más riesgos, abandonaron la nave antes de que se produjera la colisión.

- Él la dio por hecha, ¿no es así?

Maynard asintió:

- Informó que había presenciado la colisión y que la nave había quedado destruida.

Senar sonrió:

- ¿Estamos a bordo de una astronave fantasma, capitán? — preguntó.
- Investigaremos lo que hay de cierto en la dudosa conducta de Johannson — prometió el oficial.
- Se marchó con un montón de individuos. Alguno hablará, capitán.
- Es posible, aunque todos han coincidido en una cosa — respondió Maynard —. El choque, supuesto choque entre la nave y el asteroide, fue sólo presenciado por Johannson, quien, en aquellos momentos, era el único ocupante del puesto de mando del bote salvavidas. Por otra parte, la

distancia era lo suficientemente grande, según él, claro está, para que nadie presenciase el accidente sin ayuda de instrumentos.

—¡Les engañó a todos! —exclamó Janita.

- No lo dudo — concordó Maynard —. Pero Johannson ha cometido un grave error: afirmar que se había producido un choque, sin ser cierto. Esto le pondrá en un grave aprieto, pueden creerme.
- Tendrá que estrujarle a fondo si quiere que hable — indicó Senar.
- Lo haremos — prometió el oficial —. Sin embargo, ustedes deben continuar en la misma situación.

Janita se desalentó:

- ¿Hemos de seguir viaje a Starrel? — dijo.
- Lo siento. Su situación jurídica no ha variado en absoluto. El viaje sufrirá un retraso inevitable, pero su condena sigue efectiva.
- Sí, es cierto — admitió Senar—. No obstante, capitán, usted me hará un favor.

Maynard le miró con gesto inquisitivo.

- Hable, Senar.
- Podemos salir o no con vida de Starrel — dijo Senar —, pero de lo que no cabe duda es que esta nave fue abandonada por su capitán y tripulación, creyéndola en inminente riesgo de destrucción; que yo me hice cargo de los mandos y que la salvé. Por tanto, según la ley del espacio, me corresponde la prima de salvamento correspondiente o, en caso de que su dueño se niegue a abonarla, debo solicitar un mandamiento de embargo a fin de percibir el importe de esa prima. Soy un condenado, es cierto — agregó el joven —, pero no hay ninguna disposición legal opuesta a cuanto acabo de decir.

El severo rostro de Maynard se dulcificó en una ligera sonrisa.

- Se nota que usted fue hombre del espacio en otra época — contestó —. Bien, lo que ha dicho es cierto. Redactaremos los documentos correspondientes y los legalizaré en la Comandancia de las Patrullas del Espacio a fin de que pueda percibir en su día la prima de salvamento de esta nave.
- Que, a juzgar por lo que he podido apreciar, debe de proporcionarme al menos cuatro o cinco millones de solares.
- O más — concluyó Maynard en tono de perito en la materia.

Maynard dejó una pequeña escuadra de agentes para custodia de los prisioneros, encomendando a Senar el pilotaje provisional de la nave, entretanto redactaba un informe a sus superiores desde la suya. En cuanto tuvo ocasión, Janita se enfrentó a solas con el joven.

- De modo — dijo con acento de enojo — que todo lo que se le ocurre, después de lo pasado, es reclamar la prima de salvamento.
- ¿Tiene usted alguna idea mejor?—preguntó él fríamente.
- Al menos, podía haber presionado sobre Maynard para que, en reconocimiento del salvamento de la nave, nos fuese reducida e incluso cancelada la condena.
- Usted, Delahaye y yo somos tres asesinos, no lo olvide. Estábamos solos en la nave y, de haber muerto, la sociedad no habría perdido nada; ni siquiera la compañía propietaria del aparato, puesto que habría percibido la indemnización correspondiente del seguro. Otra cosa habría sido si se hubiese tratado de una nave de pasajeros, con cientos de personas a bordo.
- Entonces, tenemos que seguir viaje a Starrel...
- ¿No era eso lo que usted estaba deseando?
- ¡Yo, no! Precisamente le contraté para que lo hiciera usted, capitán.
- Por el precio de cinco millones de solares.
- Y algo mucho más valioso — dijo ella, mirándole a través de las pestañas.
- Ya le dije que rechazo esa parte de la recompensa, así que olvídelo .Si lo hace por cumplir una promesa, queda relevada

del cumplimiento.

- Cualquiera diría que soy una escoba con faldas — exclamó ella, picada.
- No, pero no me interesa.
- ¿Por qué? ¿Porque me vio bailar apenas sin velos en los más infectos tugurios antes de convertirme en una dama?
- Hay otros motivos.
- ¿Cuáles?

Senar se indicó el ojo tapado con el parche.

- Éste es uno de ellos — respondió.
- Yo no tuve la culpa — alegó Janita.
- Lo perdí, tratando de salvar una nave suya. Luego recibí una recompensa muy sustanciosa: una patada en salva sea la parte.
- Ya le dije que...

Senar movió la mano.

- Olvídelo, es agua pasada.
- Pero... ¿cómo ocurrió el accidente? Me refiero a la pérdida de su ojo.
- Una astilla de metal. Saltó, se me clavó en el globo ocular, lo perforó, con salida del humor vítreo y... bien, perdí la visión, eso es todo.
- ¿Resultó interesado el nervio óptico?
- No.
- Entonces, su lesión tiene cura. Puede hacerse trasplantar un ojo nuevo...
- No me interesa.
- ¿Por qué?
- Cuando sané, me di cuenta de que con el parche quedaba mucho más atractivo para las mujeres.
- ¡Qué sinvergüenza!—se irritó Janita—. Tuerto, con una cicatriz en la mejilla...
- Porque no ha visto las que tengo en el cuerpo. Debo de llevar al menos una docena en distintos lugares. Una, sobre todo, es imborrable, aunque invisible para nadie que no sea

yo.

- ¿Dónde está esa cicatriz?—preguntó Janita, antes de advertir que cometía una indiscreción y ponerse colorada hasta la raíz del pelo.
- En el lugar donde me dieron la patada — respondió él.
- ¡Oh, qué insolente!

Senar encendió un cigarrillo. Janita se mordió los labios.
—Cambiemos de tema — propuso ella.

- Bueno — aceptó Jery con indiferencia —. ¿De qué quiere que hablemos?
- De Johannson. ¿Por qué no le denunció directamente?
- Primero porque de nada habría servido, además de que él mismo se ha puesto la soga al cuello al declarar que su nave había sido destruida.
- ¿Y segundo?
- Porque estoy sospechando que no llegará a verse ante un Tribunal Investigador del Espacio.
- ¿Qué es lo que quiere decir usted?
- Johannson estaba a sueldo de Brows, esto es evidente.
- Sí — concordó Janita.
- Brows habrá recibido ya un informe de lo ocurrido. Si mal no recuerdo esta nave pertenece a las empresas Dyne-Shoutts. Como secretario general y, prácticamente, dueño de la compañía por graciosa concesión de la actual y falsificada Lady Janita, debe estar enterado puntualmente de lo que pasa a bordo de cada una de las naves de la compañía.
- Eso es muy cierto.
- Por tanto, conoce ya, o está a punto de conocer, el fracaso de Johannson. Eso quiere decir que le interesa que no hable… y, hasta ahora, el mejor medio para evitar que una persona suelte la lengua es cortarle el cuello.

Janita se espantó.

- ¡Dios mío! ¿Quiere decir usted que van a asesinarle?
- Sí — respondió él fríamente—. Y no levantaría un dedo para salvarle, teniendo en cuenta que sacrificó a sangre fría a

diecisiete desdichados.

- Pero eso es terrible. Debemos advertir al capitán Maynard.
- Hágalo usted, si quiere. Yo no se lo prohibiré, desde luego.

Janita le dirigió una colérica mirada.

- Lo haré, desde luego, y ahora mismo. Pero antes déjeme decirle que es usted un hombre sin entrañas.
- Cuando me contrató para esta misión, ¿por qué lo hizo: por mis virtudes caritativas o porque necesitaba un hombre duro, implacable y carente de sentimientos?

Ella se quedó parada. Luego, de repente, se dirigió hacia la puerta.

- Capitán — dijo desde el umbral.
- ¿Señora?
- Me alegro de que rechace la... la segunda recompensa— declaró Janita—. Ahora no se la volvería a ofrecer, ni aunque me indultasen de la condena a los campos de “dgyll”.

Senar no contestó. Pero Janita, al volverle la espalda, no pudo distinguir el extraño chispazo que había despedido el único ojo del joven. Ni tampoco oyó el seco chasquido de sus mandíbulas al cerrarse con fuerza.

* * *

El conde Piero Giusto della Speranza tomó apasionadamente entre sus manos una de las de Lady Janita Dyne-Shoutts y dirigió a la joven una ardiente mirada.

- Lady Janita, la amo a usted con todo mi corazón. ¿Cuándo me dará la respuesta que tanto anhela mi ánimo conturbado y lleno de desolación?

Sissy Zanoff bajó los ojos pudorosamente.

- ¡Oh, hace tan poco tiempo que nos conocemos, conde!

Ustedes, los latinos, son tan apasionados...

- Pero capaces de dar la vida por la mujer amada.
- ¡Conde, por favor!
- Lady Janita, el “sí”, se lo ruego.
- Es pronto todavía, compréndalo. Debemos dejar pasar algún tiempo, esperar, sedimentar nuestros sentimientos, conocernos mejor...
- A mí me parece que la conozco desde el principio de la eternidad, Lady Janita.

Sissy rió nerviosamente.

- No soy tan vieja, conde — protestó, haciendo dengues y mimos.
- No es vieja, pero su belleza es eterna. Y mi corazón es suyo desde que la Tierra no era más que una bola de fuego girando en el espacio.
- Conde — suspiró Sissy —, esperemos un poco todavía...

El joven soltó su mano y se irguió.

- Comprendo — dijo—. Yo soy un hombre que, en realidad, no posee más que su físico relativamente agraciado y un pequeño trozo de tierra familiar en mi Italia natal. En cambio, usted, la poderosa Lady Janita Dyne-Shoutts es dueña de una incalculable fortuna. En verdad, un matrimonio entre ambos, contemplado desde su particular punto de vista, resultaría algo desigual.

Se puso en pie.

- Señora — concluyó, haciendo una profunda reverencia—, me retiro con el corazón partido por el dolor, pero íntimamente satisfecho de haber logrado, en el pasado, una hechicera sonrisa de tan soberana hermosura. Adiós, señora; no volveremos a vernos más.

Sissy alargó una mano hacia el joven, que se dirigía ya hacia la salida del restaurante donde habían cenado juntos.

- Espere... — rogó, pero el conde ya no la escuchaba.

Una maldición muy poco acorde con su elevada posición social se escapó de los labios de Sissy Zanoff.

- Condenado estúpido — masculló —. Orgulloso, como un buen noble... y el caso es que me estoy chiflando por él. Pero si ese cerdo de Duke Brows se enterase, sería capaz de cortarme en pedacitos.

Encendió un cigarrillo pensativamente. ¿No habría modo de deshacerse de Duke?, se preguntó.

Un asesinato ...aunque desechó la idea de inmediato. No quería pasarse el resto de sus días en una penitenciaría o acabar segando hierba “dgyll” en los prados mortales de Starrel.

Tenía que hacer algo, pero no se le ocurría nada por el momento.

* * *

Tres días después, el capitán Maynard se puso en contacto audiovisual con la nave que pilotaba Jery Senar.

- El capitán Johannson no podrá declarar ante el Tribunal de Investigación — dijo.

Senar sonrió lúgubremente.

- ¿Se ha suicidado al no poder resistir la vergüenza que le causaba el abandono prematuro de su nave?
- Los suicidas no se clavan cuchillos en la espalda — respondió Maynard.

Janita estaba al lado de Senar y dejó escapar un gemido de horror.

- Por cierto, ¿cómo lo sabían ustedes ya? — preguntó el oficial.
- Clarividencia, capitán — sonrió Senar.

Maynard hizo un gesto de preocupación.

- Están sucediendo demasiadas cosas raras — masculló—. Me gustaría conversar con usted un poco más detenidamente, Senar.
- Soy un condenado por asesinato. Mis palabras carecen de valor alguno —repuso el joven —. De todas formas, gracias por su interés, capitán.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Janita.

- Su aviso no ha servido de nada — manifestó.
- Al menos, lo intenté — respondió ella con sequedad.

Y, sin añadir una palabra más, giró sobre sus talones y abandonó la cámara.

CAPÍTULO X

El polvillo que se desprendía de la hierba “dgyll” flotaba casi continuamente en la atmósfera, confiriendo al ambiente una tonalidad rojiza que, si en un principio agradaba, luego, al cabo del tiempo, acababa por crear una profunda depresión de ánimo en los condenados que debían encargarse de su recolección.

Senar manejaba una segadora-cosechadora, que rodaba despacio a través de los campos de “dgyll. El sol del sistema de Starrel batía brutalmente la llanura.

Un simple sombrero de paja era todo lo que protegía al joven de los furiosos embates solares. Senar tenía el torso desnudo y, a diferencia de los guardianes, trabajaba sin protección contra las, a la larga, mortíferas emanaciones de la hierba.

La “dgyll” tenía muchas y buenas aplicaciones, pero, usada sin

elaborar, constituía una droga mortal. Los placeres que proporcionaba su ingestión eran breves y efímeros. Bastaban tres dosis para crear un hábito que ya no se podía destruir.

En cambio, tratada en los laboratorios de Starrel, proporcionaba una serie de medicinas que daban unos resultados fabulosos en el tratamiento de algunas enfermedades. El cáncer era derrotado, por grave que hubiese sido su progresión, en cuestión de un par de semanas.

La "dgyll" debía ser elaborada en Starrel precisamente. Sólo así se conservaban todas sus buenas propiedades.

Los intentos de cultivo en la Tierra no habían dado resultado. Las semillas no fructificaban. Y la misma hierba, trasladada en estado natural, duraba apenas un mes fuera del planeta.

En cambio, aunque segada, se conservaba por tiempo indefinido en la superficie de Starrel. Científicos, botánicos, investigadores de la mayor reputación habían trabajado a fondo en el asunto, sin conseguir otros resultados que los ya conocidos.

Por dicha razón, la de su escasa conservación fuera del planeta, la "dgyll" alcanzaba tan altos precios en la Tierra. El negocio era redondo para los contrabandistas de la hierba, que se fumaba en cigarrillos corrientes, sin más elaboración.

Pero el habituado a la droga moría en cuestión de semanas. Y, sin embargo, había gente a la que no le importaba correr el riesgo.

El primer cigarrillo proporcionaba sensaciones no conocidas jamás. Uno podía salvarse si no fumaba más, pero eran pocos los que no reincidían. Consumido el tercer cigarrillo, el fumador era un adicto sentenciado de antemano.

Todo esto lo pensaba Senar mientras pilotaba su segadora. Era un trabajo que debía realizarse con infinito cuidado.

La hierba tenía espinas. Un pinchazo era suficiente para matar a un hombre en pocos minutos. Senar se preguntó si valía la pena correr tantos riesgos para obtener una medicina que era desde luego, una panacea para todos los males.

El polvillo que se desprendía se infiltraba insidiosamente en los pulmones. Al cabo de seis meses los condenados empezaban a notar los efectos de un envenenamiento lento, pero progresivo.

Se decía que había condenados capaces de resistir dieciocho meses en aquel infierno, la mitad de la sentencia máxima, pero

nadie podía pronunciar un nombre.

Lo corriente era que, a los ocho o nueve meses, el condenado empezase a ofrecer claros síntomas de desviación mental. Al año moría, presa de terribles alucinaciones, semejantes pero muchísimo peores a las causadas por el *delirium tremens* alcohólico.

Senar se preguntó cómo era posible que una sociedad, que presumía de justa y benéfica, tolerase situaciones semejantes. Esto sólo tenía una explicación posible: el monopolio de explotación de la “dgyll”.

Había pertenecido a lord Arthur-Shoutts. Ahora era de su viuda, Janita.

Senar sonrió. La presencia de Janita en Starrell era como una especie de justicia poética. Ella padecía ahora la misma suerte que cientos de desdichados habían sufrido para poder sufragar sus lujos.

Un globo transparente se le acercó, flotando en el aire por antigravedad. Dentro de la esfera, viajaba uno de los guardianes de los campos de “dgyll”.

El globo quedó suspendido a un metro de Senar. Por medio de un altavoz, el guardia le dijo:

— Es hora de comer. Vaya a tomar algo de alimento y regrese inmediatamente al trabajo.

- Sí, señor — contestó el joven.

Hizo girar la máquina, pero el guardia ladró una orden :

- ¡ A pie! ¡ Deje la segadora donde está!

Senar lanzó un suspiro. Tomó la camisa y cubrió a medias su torso musculoso.

Saltó al suelo, procurando caminar por los espacios limpios por la acción de las cuchillas. Pocos momentos después, llegaba al comedor.

Tomó una bandeja con cubierto y se situó en la fila.

Dejó que los demás pasaran antes que él. Janita era cocinera.

Cuando le llegó el turno, presentó la bandeja. Janita llenó los diversos departamentos de la misma con abundantes raciones.

- Coma — murmuró —. Lo está necesitando.

- Gracias—, sonrió él—. ¿Cómo va ese ánimo?
- Recordando los tiempos de mi adolescencia, cuando hacía la comida en casa —respondió ella, impasible.
- No lo sabía — observó Senar.
- Usted ignora muchas cosas mías. Sólo conoce lo superficial, es de decir, lo que ve todo el mundo.

Senar la contempló durante unos instantes en silencio.

Janita se había recogido la frondosa cabellera con la ayuda de un pañuelo a modo de turbante y vestía una especie de mono, manchado de grasa en algunas partes, que hacía resaltar las firmes líneas de su escultural figura. No usaba maquillaje y su rostro estaba brillante por el sudor; incluso tenía manchas oscuras en la ropa, bajo las axilas.

Dentro del comedor hacía calor, no sólo porque la cocina estaba en uno de sus lados, sino porque carecía de acondicionadores de aire. A pesar de su desastroso aspecto, a Jery le pareció más hermosa que nunca.

- Tampoco hemos tenido tiempo de tratamos íntimamente — alegó Senar.
- Y dudo mucho que lo consiga.
- Pero me trata a cuerpo de rey.
- Por egoísmo.
- Ah, claro, le interesa volver a la Tierra y recobrar su sitio y su fortuna.

Ella le dirigió una profunda mirada con sus ojos claros.

- Póngase en mi lugar, capitán, ¿qué haría usted?

Senar se llevó una cucharada a la boca.

- Comprendo — dijo —. Tiene usted una mano excelente para condimentar los alimentos — alabó.
- Gracias. Antes de bailar en los cafetines astroportuarios, cocinaba en mi casa, repito.
- ¿Y por qué dejó la cocina?
- Usted no me comprendería, capitán.
- Por el contrario, en este aspecto, la entiendo.

- Me cree ambiciosa, ¿no es cierto?
- La verdad, de cocinera a bailarina y de aquí a Lady Janita en dos o tres años, no es algo que se haga sin buena dosis de ambición... y no digamos de astucia.

Ella volvió a mirarle.

- Yo era una mercancía. Alguien la compró, eso es todo.
- Pero no tuvo tiempo de disfrutarla.

Hubo un momento de silencio. Luego mientras él seguía ingiriendo la sopa, Janita dijo:

- Será mejor que dejemos la conversación. Búsquese un sitio en una mesa. La cuarta contando desde la entrada.

Senar arqueó las cejas, pero no hizo el menor comentario. Tranquilamente, con aspecto innocuo, giró sobre sus talones y se encaminó a la mesa señalada por Janita.

Delahaye estaba en la misma, junto con dos tipos de aspecto duro y taimados, llamados Heff y K'sang, éste mongol de pómulos salientes y mirada asesina. Heff era canadiense, según decía.

Senar se preguntó qué habría averiguado la muchacha. Dejó la bandeja sobre la mesa y se ladeó un poco para tomar un taburete próximo.

Un codo empujó la bandeja fuera de la mesa, derribándola con todo su contenido al suelo. El estrépito resultó más que regular.

Jery se volvió despacio. K'sang le contemplaba con aire de reto.

El joven comprendió que K'sang estaba esperando el momento propicio para atacarle. El lanzamiento de la bandeja había sido plenamente deliberado con objeto de provocarle.

- ¡Vaya! Ha sido una mala suerte — dijo, sonriendo ampliamente —. No creo que la cocinera me repita de nuevo las raciones.
- Si quieres las mías... — ofreció Heff con burla, levantando un tanto su bandeja.

En cuanto alargase las manos hacia la bandeja, Heff se la echaría a la cara, cegándole con la comida. K'sang le atacaría...

pero ¿Con qué, si los cubiertos eran de un plástico muy débil, que cedía fácilmente a la menor presión?

- No, gracias — contestó —. En todo caso, no vas a pagar la involuntaria torpeza de este buen mozo.

Fingió inclinarse para recoger los restos de la bandeja, pero, de súbito, disparó la mano izquierda y atrapó con presa de hierro la muñeca derecha del mongol.

K'sang blasfemó. Era fuerte, pero no podía compararse con el joven.

Senar observó con el rabillo del ojo que los guardias que vigilaban la comida empezaban a moverse. Pero dentro del comedor, en el que no podían maniobrar con sus esferas móviles, vestían trajes aislantes, semejantes a los de los astronautas, y la indumentaria dificultaba sus acciones.

Senar levantó un poco el brazo derecho de su adversario y, bajándolo bruscamente, golpeó la mano contra el filo de la mesa. Sonó un chasquido y el índice se convirtió de repente en una afiladísima hoja de acero.

Senar agarró aquel dedo con la mano derecha. Aunque transformado en un arma, la primera falange seguía siendo de carne y hueso. Levantó hacia arriba con seco gesto y la falange se partió con un sonido harto significativo.

K'sang lanzó un aullido de dolor. En aquel momento, dos guardias llegaban junto a la mesa.

- ¡Eh, vosotros! —les increpó uno de los vigilantes!

Senar levantó la mano del mongol.

- Creía que los condenados teníamos prohibido el uso de cualquier arma en Starrell — manifestó.

K'sang lloraba de rabia y de dolor. Uno de los guardias se encaró con él.

- De modo que trucos sucios, ¿eh? Bien, ahora te demostraremos nosotros lo que hacemos con los tipos como tú.

Y de pronto le asestó un terrible golpe en la mandíbula con la culata de la pistola de energía que formaba parte de su equipo, derribándolo al suelo sin sentido.

- Ayúdame, tú — pidió a su compañero—. Vamos a Llevar a este canalla a la “nevera”, a que se refresque un poco la sangre.

Los guardias se llevaron a rastras al inanimado cuerpo del mongol. Senar sabía que lo encerrarían, a pan y agua, durante un par de semanas, en un profundo calabozo, situado a varios metros bajo tierra, sin luz. No era un castigo agradable, se dijo, mientras recogía los restos de la bandeja.

Pero ello le había hecho saber que Brows seguía empeñado en su destrucción.

Miró a Heff.

- ¿No me ofreces tu comida? — preguntó.

El rufián estaba pálido, como un muerto.

- Lo... lo siento. Yo... lo que te dije yo era una broma ...No tengo nada que ver con lo que quiso hacerte ese canalla.

Era posible que dijese la verdad, pensó el joven.

- Bien, voy a ver qué saco de la cocinera — murmuró.

Janita le llenó otra bandeja de nuevo.

— ¿Cómo supo que ese tipo quería rajarme las tripas? — preguntó en voz baja, mientras ella le reponía las raciones.

- Hace días que le venía observando. Debe ser novato como asesino profesional, ya que no estaba muy ducho en el manejo del índice transformable. Hará cuestión de un par de días se le escapó la hoja y, aunque la replegó en seguida, tuve tiempo de verlo. Él creyó que no lo había advertido nadie.
- Y por eso me envió usted a su mesa.

Janita le miró de frente.

- Pero no a que el mongol le degollara, sino para que usted lo descubriese, como así ha sucedido.
- Su antiguo secretario sigue empeñado en liquidamos de un modo u otro — comentó él.
- A este paso — suspiró Janita—, estoy viendo que lo va a conseguir.
- Espero que no — deseó Senar —. Gracias por llenarme la bandeja de nuevo.

Regresó a la mesa. Heff se levantaba en aquellos momentos. Delahaye lo hizo unos segundos después, no sin antes formular una petición al joven:

- Capitán — dijo en voz baja— a la noche, me gustaría hablar con usted. En los aseos de nuestro dormitorio, cuando todos duerman.

Senar le miró un instante con sorpresa. Luego asintió con la cabeza.

- De acuerdo. Hasta la noche.

CAPÍTULO XI

Jery Senar se incorporó en la litera y exploró durante unos momentos la penumbra del dormitorio. Todo el mundo dormía, al parecer.

Abandonó la litera y se dirigió a los aseos. Delahaye estaba esperándole.

- Cierre, capitán — dijo el individuo.

Senar obedeció, sin perderle de vista. Delahaye parecía buena persona, pero convenía no fiarse de nadie.

- Hable — dijo, cuando hubo pasado el cerrojo.
- Capitán, ¿se le ha ocurrido preguntarse a usted alguna vez por qué nadie fuma en Starrel, ni siquiera los guardias? Bien, al menos, en los campos de “dgyll”, no en otros lugares donde no crece la hierba.
- Los médicos dicen que el humo del tabaco y el polvillo de la “dgyll” forman una combinación tan explosiva como un cuartillo de aguardiente y cuatro tabletas de soporífero: una y otra son mortales — contestó el joven.

Delahaye sonrió de modo sibilino.

- Puede ser una explicación viable pero ¿a quién le importa que un condenado muera por fumarse un cigarrillo? En cuanto a los guardias ya parece más lógico que se abstengan del tabaco, ¿no? Ellos son relevados cada seis meses y...
- ¿Adónde quiere ir usted a parar? — preguntó Senar con recelo.

Delahaye metió la mano en el bolsillo de su túnica y extrajo un pañuelo atado por las puntas, cuyos nudos soltó con gran parsimonia.

- Está prohibido que los condenados llevemos encima un solo gramo de la hierba, pero yo me he saltado a la torera la prohibición.
- Corriendo el riesgo de clavarse una espina y morir en cuestión de minutos — dijo Senar.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

- Llevamos aquí un mes largo. He adquirido alguna experiencia y... Pero mejor será que observe, capitán.

El pañuelo estaba lleno de un polvillo de color rojo oscuro, aunque también había numerosos fragmentos de ramillas, uno y otras procedentes de la hierba. Delahaye volvió a meter la mano en

el bolsillo y sacó una caja de fósforos.

- Demonios — gruñó el joven, atónito—. ¿Cómo lo ha conseguido?

Delahaye le guiñó un ojo.

- Hace algunos días salvé la vida a un guardia descuidado. Se había clavado una espina en la palma de la mano.
- ¿Y cortó la intoxicación?—se asombró el joven.
- Por un método tan antiguo como el hombre mismo: aplicar los labios a la herida succionar y escupir. Lo hice a la desesperada pero dio resultado. Esto quiere decir que hay un tiempo inferior a un minuto, durante el cual un hombre puede salvarse a sí mismo.
- Pero ¿cómo no se ha hecho nada semejante al respecto hasta ahora?
- Bien, todo el mundo dice que los pinchazos de las espinas de “dgyll” son mortales de necesidad, así que nadie se preocupó de ensayar ese método de salvación.
- Hasta que usted tuvo la ocasión propicia.
- En efecto.
- ¿Y qué dice el guardia?
- Sería capaz de servir de estera para mis pies manchados de barro, si yo se lo pidiese — rió Delahaye —. Por dicha razón le rogué que me consiguiera una caja de fósforos.
- ¿Con qué objeto?
- Ahora lo va a ver, capitán.

Delahaye prendió un fósforo y arrimó la llama al montoncito rojo. Inmediatamente se produjo una viva resplandor, a la vez que brotaba una espesa nube de humo blancuzco.

Senar agitó la mano para disipar el humo. La llamarada, por otra parte, duró sólo un par de segundos.

Cuando se extinguió, no quedaba el menor rastro de la hierba, salvo el tejido quemado y negruzco del pañuelo y un apestoso olor en el ambiente.

Senar miró a Delahaye con la boca abierta.

- ¿Qué quiere decirme con esto? — preguntó.
- La “dgyll”, como usted habrá podido darse cuenta, crece exclusivamente en terrenos áridos, muy secos, carentes de agua casi en absoluto. Los desiertos terrestres, los pocos que quedan, claro está, serían un lugar adecuado para su cultivo, salvo que la hierba no crece en la Tierra, aún se ignoran las causas.

—¿Y...?
Los ojos de Delahaye brillaban como carbones encendidos.

- La “dgyll” proporciona muchos beneficios, pero ¿compensan éstos de los perjuicios que ocasiona también?
- Empiezo a sospechar que usted quiere gastar una cerilla, una sola — apuntó Senar.
- Tal vez lo haga — convino Delahaye tranquilamente—. Ahora se explica por qué nadie fuma aquí, ¿verdad?
- Desde luego. ¿Quién es usted? — preguntó el joven de repente.

Delahaye le miró sin inmutarse.

- Fui enviado especialmente y por mi propia voluntad, fingiendo ser un asesino. Pero no he cometido ningún crimen, como usted tampoco, capitán, ni la linda chica que guisa para los condenados de esta zona.

Senar apretó las mandíbulas.

- Sabe usted muchas cosas, Delahaye — observó.
- Tengo motivos para ello, capitán — sonrió el extraño individuo.
- ¿Agente secreto?
- En cierto modo. Realmente, soy químico y botánico. ¿No se ha dado cuenta de que me destinaron de inmediato al laboratorio de transformación?
- Sí, es verdad — reconoció Senar —. Pero ¿qué diablos hace allí?
- Terminar el proceso de sintetización del alcaloide de la “dgyll” — contestó Delahaye impávido —. Usted sabe que la

“dgyll” sólo es perjudicial si se utiliza al natural, en forma de cigarrillos.

- Sí, desde luego. ¿Qué más?
- Cuando llegué a Starrel, mis trabajos se hallaban ya muy avanzados. Únicamente me faltaba por realizar algunas operaciones *in situ,* es decir, sobre el terreno, aquí mismo. Terminaré dentro de una semana, más o menos.
- ¿Y después?
- Encenderé una cerilla.

Sobrevino un momento de silencio.

- ¿Cómo sabe usted que yo no soy ningún asesino, ni tampoco lo es Jan... Sissy Zanoff? — preguntó él, pasado casi un minuto.

Delahaye sonrió.

- No olvide que, además de químico y botánico, he venido en calidad de agente secreto, aunque no profesional. Sí, mi... mis jefes saben que usted no cometió el crimen que se le imputa y que la chica no fue su cómplice.
- Entonces he estado haciendo el ridículo — gruñó Senar, decepcionado.
- No. Yo tengo una misión científica que realizar. A usted, aunque de modo privado, le encomendaron otra. Termínela.
- ¿Es una orden? — preguntó Senar.
- Si lo prefiere así...

El joven meditó unos segundos.

- Lo importante es descubrir el modo en que la droga sale de Starrel — dijo al cabo.
- Eso es cosa suya. Los contrabandistas han cometido muchos delitos, entre los cuales se cuentan los asesinatos a docenas, deben ser castigados por ello. Encárguese usted de esa parte, capitán; yo haré la mía.
- Tengo la impresión de que el fuego se propagará por los campos de “dgyll” con grandísima rapidez — opinó Senar, sonriendo.

- Efectivamente.
- Pero la hierba volverá a crecer con el tiempo.

Delahaye sonrió.

- Se ve que no iba estudiando botánica. Las raíces de la "dgyll" son muy poco profundas y, además, el fuego se propagará hasta el interior de la tierra, quemando *absolutamente* la planta, ¿comprende? Allá donde arda un campo de "dgyll" no volverá a crecer más la hierba.
- Ni que la pisoteara el caballo de Atila — comentó el joven con buen humor —. Pero — dijo con cierta aprensión — la destrucción de los campos de "dgyll", ¿no alterará el equilibrio ecológico de las comarcas donde crece la hierba?
- ¿Ha visto usted animales en esas zonas? Ni siquiera los insectos pueden vivir donde crece la "dgyll", capitán. Además, es una zona relativamente reducida del planeta. No pasará nada, se lo aseguro.
- Si usted lo dice...
- Estoy convencido de ello. Ande, vuelva a su litera y siga durmiendo. Procure hallar a los contrabandistas, eso es todo por su parte.
- De acuerdo, profesor. ¿O debo llamarle doctor?
- Soy ambas cosas — Delahaye rió—, pero tráteme como hasta ahora, es decir, como un condenado común.

Senar asintió. Luego regresó a su litera.

Le costó mucho trabajo dormirse. Las revelaciones de Delahaye le habían dejado sumamente perplejo.

De pronto, se estremeció: ¿Qué sucedería si los campos de "dgyll" ardían, con él a bordo de su segadora?

Prefería no pensarlo; era una posibilidad que le ponía los pelos de punta.

* * *

Al ver que se abría la puerta del reservado, el conde Piero Giusto della Speranza aplastó el cigarrillo que fumaba contra el cenicero y se puso en pie.

Una mujer, vestida hasta los pies y con el rostro velado, entró en la estancia y cerró a sus espaldas. El conde avanzó hacia ella.

- Lady Janita — murmuró, con voz cargada de pasión.

Sissy Zanoff dejó caer el velo.

- Conde... — murmuró.

El joven la tomó por un brazo y por el talle y la condujo hasta la mesa.

- Beba, Lady Janita — dijo —. Está muy pálida.

Ella asintió. Su pecho de opulento trazado, subía y bajaba con desacompasada rapidez. Se podía observar claramente su nerviosismo.

- Está inquieta — observó él.
- Sí. Temí que me siguieran.
- ¿Por qué? Usted es joven, rica, poderosa... ¿A quién teme?
- Sería largo de contar, conde — replicó Sissy—. ¿Usted me ama? — inquirió de repente.

Piero tomó una de sus manos y depositó en ella un cálido beso.

- ¿Cómo osa dudar de algo que está enraizado en lo más profundo de mi corazón y que nada ni nadie conseguiría arrancar, a menos que me arrancasen también la vida?
- Es que...—Sissy le dirigió una profunda mirada —. ¿Usted me ama por mí o por mi fortuna?
- Soy un caballero, Lady Janita — protestó él en tono orgulloso.
- ¿Estaría dispuesto a casarse conmigo aunque no poseyese un céntimo?
- Sería mi mayor alegría — respondió Piero —. El dinero no lo es todo, señora. Yo poseo un pequeño trozo de terreno, que daría lo suficiente para que ambos viviésemos holgadamente en mi país natal, sin lujos, pero sin que nos faltase nada de lo necesario para vivir.

Luego el conde exclamó —: Pero, Lady Janita, usted posee una incalculable fortuna. ¿Va a deshacerse de ella sólo por convertirse en mi esposa?

Sissy vaciló un momento. Ahora sabía que estaba plenamente enamorada de Piero.

Su vida, hasta que Brows la encontró y, a golpe de cheques, la hizo trabajar para él, no había tenido nada de ejemplar. Ahora, aquel hombre la proponía convertirse en su esposa... y ella, pensando en la granja de Italia, pensaba también en un esposo amante y un montón de críos correteando a su alrededor.

Era el sueño de toda su vida, que las circunstancias habían impedido pudiera realizarse.

Pero si abandonaba a Brows bruscamente, sin decir una sola palabra, él se daría cuenta de la traición. O, por lo menos, aunque no le traicionase, sospecharía de ella.

Y en toda la redondez del planeta no encontraría un lugar donde escapar a su venganza.

Por lo tanto, era preciso actuar antes de que Brows actuase.

- Conde — dijo de pronto, tras un prolongado silencio—, si yo le pidiese que me ayudara en un gravísimo apuro, ¿lo haría usted? ¿Aunque le dijese que iba a correr terribles riesgos por mí?

Piero hizo un gesto de suficiencia.

— Explíqueme de qué se trata, Lady Janita. Dígame cuál es su apuro y empeñaré mi vida por ayudarla — contestó en tono lleno de presunción.

CAPÍTULO XII

Faltaban sólo dos días para que expirase el plazo que el profesor Delahaye había concedido al joven para actuar.

Senar se hallaba sumamente preocupado. Janita era observadora y captó las profundas arrugas que habían aparecido en su frente.

- ¿Qué le pasa? — preguntó, mientras le servía la comida—. ¿No ha encontrado nada de particular?
- Todavía no — respondió él, con un humor sombrío—. No hago más que espiar por las noches...
- ¿Por qué durante la noche, precisamente? —quiso saber ella.
- La hierba recolectada es transportada a los laboratorios, donde existe un control rigurosísimo. Delahaye— Senar ya había relatado a Janita su conversación con el científico—, me ha garantizado que de los laboratorios no sale un solo gramo que no esté debidamente transformado.
- Pero de alguna forma deben de llevarse la hierba — alegó Janita.
- Eso es lo que estamos tratando de descubrir.

Janita hizo un gesto de desaliento.

- De todas formas, me parece que, aunque desarticulemos la red de contrabandistas, no podremos atrapar a Brows. Es tan astuto.

Senar rió suavemente.

- No tanto como yo, señora — dijo—. Me llaman "El Trucos", recuérdelo.
- ¿Qué es lo que quiere decir?—se sorprendió Janita.
- No pensaría que iba a venirme a Starrel, sin dejar detrás de mí a... a un ayudante, ¿verdad?
- Explíquese, por favor.
- En otro momento — denegó él —. Ahora nos están mirando muchos y no tengo ganas de destacar. Hasta luego.
- Hasta la noche — añadió Janita.

Por la tarde, mientras trabajaba, Senar observó con indiferencia

las evoluciones de las esferas donde volaban los guardias.

Al atardecer, una de dichas esferas se acercó a su sector y le dio la orden de suspender el trabajo.

Senar alzó instintivamente la vista al oír la voz del guardián. Entonces divisó algo que le dejó muy perplejo.

Las esferas estaban rematadas, en su parte inferior, por una caja negra, oblonga, de dos metros de lado por uno de grueso, en la que se hallaban los mecanismos de propulsión del singular aparato. El tripulante iba sentado en un cómodo sillón, en cuyo brazo derecho se hallaban los mandos de la esfera.

La cara inferior de la caja era lisa y pulida. A pesar de su color negro, Senar pudo observar rastros de polvo rojizo.

A veces el polvo que se desprendía de los campos de la “dgyll”, se adhería a la esfera. Sin embargo, la cantidad de polvo que vio en el fondo de la caja le pareció excesiva.

Tomó nota del número de la esfera. Sin decir nada, se apeó del sillín de la máquina y se encaminó al comedor.

A media noche, se levantó y abandonó con gran sigilo el dormitorio. Salió afuera y se detuvo en el umbral, al ver que había un guardia a pocos pasos de distancia.

Era preciso inutilizarle, a fin de poder llegar hasta el cobertizo donde guardaban las esferas. De pronto, una sombra oscura surgió junto al guardia.

Éste inició la vuelta. El individuo había hecho algún ruido.

Senar no tuvo tiempo de intervenir. El guardia actuó tarde, por otra parte.

Sonó un seco golpe. El vigilante se desplomó al suelo sin sentido.

Senar corrió hacia el hombre que había atacado al guardia. Segundos después, captaba el brillo de los cabellos de Janita.

- ¡Rayos! —gruñó a media voz—. ¿Qué hace usted aquí?

Ella vestía un monopieza de faena, oscuro, limpio, muy ajustado a su espléndida silueta.

- En vista de que usted parecía más aficionado a Morfeo que a su trabajo, decidí actuar por mi cuenta — respondió con sarcasmo en su voz.

- ¿Sí? Y, dígame, ¿qué pensaba hacer?—preguntó él.
- Si la hierba no sale por el único sitio que podría hacerlo, que es el laboratorio de transformación, debe haber algún otro medio para sacarla de Starrel, ¿no cree?
- Lo hay — afirmó él.

Janita se sorprendió.

- ¿Lo ha descubierto ya? — inquirió.
- Creo que sí..., pero vamos a ocuparnos primero de este sujeto. ¿Con qué le ha golpeado usted?

Ella emitió una suave risita.

- Aquí se cocina a la antigua. Las salsas se hacen en el mortero y...

Le enseñó un objeto que parecía una matraca. Senar la contempló admirado.

- No se puede negar que tiene verdadero ingenio — alabó.
- Trato de ponerme a su altura, eso es todo. Vamos.
- ¿Adónde?
- Al cobertizo donde guardan las esferas.
- Espere un momento — rogó él.

Inclinándose sobre el caído, le presionó determinados centros nerviosos, que sabía afectaban al centro cerebral del sueño. Permaneció agachado un minuto y luego se incorporó.

- Dormirá una hora larga — dijo.
- Es suficiente — aprobó Janita.

Corrieron hacia el cobertizo. Senar descorrió la puerta fácilmente, gracias a su enorme potencia muscular.

Atravesaron el umbral. El cobertizo carecía de ventanas.

Senar cerró de nuevo. Luego, Janita dio la luz.

- Un momento — rogó el joven.

Empezó a recorrer las esferas hasta encontrar la que le había

parecido sospechosa. Presionó el botón externo de apertura de la escotilla y, unos segundos después, se hallaba sentado en el sillón.

- Ascenderé unos pocos metros — dijo —. Observe usted el fondo de la caja desde ahí abajo.
- De acuerdo.

Senar estudió los mandos de la esfera. Frunció el ceño al observar que había algunas teclas poco corrientes.

Manejó el control antigravitacional y la esfera se elevó suavemente en el aire. Luego apretó las teclas que le parecían fuera de lo común.

- ¡Cielos! —exclamó Janita desde abajo.

El fondo de la caja se abrió y surgieron una especie de tijeras mecánicas, de poco tamaño que se abrían y cerraban suavemente. Al cabo de un minuto de acción, salió de la caja una especie de manguera, de unos cinco centímetros de diámetro, larga y flexible, que ondulaba como una serpiente.

Y también silbaba como una serpiente. Senar captó el sonido y, dejando la esfera inmovilizada, se tendió en el suelo y sacó medio cuerpo fuera, con objeto de poder mirar hacia abajo.

- Es una aspiradora — dijo—. Dentro de la caja, debe de haber un recipiente donde se recoge el producto de la droga.
- ¿Y después?

Senar se puso de rodillas y levantó el índice.

- Alguna astronave debe de aguardar allá arriba — sugirió.
- Sí, pero ¿cuándo se llevan la droga?
- Por la noche, claro, cuando no les ve nadie.
- ¿Quiénes?
- Debe de haber unos cuantos guardias implicados en el "negocio"... Espere un momento.

El funcionamiento de las hoces y de la aspiradora era automático. Aquéllas actuaban durante un minuto, al cabo de cuyo tiempo se detenían.

Entonces, actuaba la aspiradora, durante otro minuto, y así de modo alternativo y sin interrupción, mientras lo deseara el ocupante de la esfera. Una vez conoció el manejo de la máquina, Senar paró las hoces y la aspiradora, las cuales se ocultaron, asimismo, de modo automático.

Descendió al suelo. Había docena y media de esferas, de las cuales siete estaban especialmente acondicionadas para segar la hierba.

- Anotaré los números —dijo Janita—. Bastará conocer los nombres de los guardias a los que están asignados, para saber quiénes forman aquí parte de la banda.
- No es mala idea — convino él —. Pero ahora, debemos irnos. ¿Se ocupará usted de conocer esos nombres?

Janita le guiñó un ojo en gesto malicioso.

- ¿Duda acaso de mi éxito? ¿Sabe que, si quisiera, podría casarme con un guardia y convertirme así en persona libre?
- Ésa es la ley — contestó Senar—. Pero ¿ya hay quien quiera cargar con usted?
- En cierta ocasión le dije que no era una escoba con faldas. ¿Lo recuerda?
- Creo que sí.
- Entonces no se preocupe de más.
- Oiga, ¿de veras se va a casar con ese guardia?

Janita le miró fijamente durante unos segundos.

- En todo caso, ¿qué podría importarle a usted? —respondió.

Salieron del cobertizo. Senar regresó a su dormitorio, más preocupado de lo que le hubiera gustado, pese al éxito obtenido.

Durmió poco y mal el resto de la noche. Enervado y lleno de un mal humor, cuyo origen no sabía explicar, acudió al comedor a desayunar.

Procuró juntarse con Delahaye.

- Hoy terminaré mi trabajo — dijo el profesor —. ¿Y usted?

- He adelantado bastante. Sin embargo, me gustaría que me echara una mano, profesor.
- ¿De qué se trata?
- Usted dijo que el guardia a quien salvó la vida le está sumamente agradecido.
- En efecto, así es.
- Procure verle y dígale que acuda a mi zona. Quiero hablar con él.
- De acuerdo.

Senar marchó al trabajo después del desayuno. Estuvo inquieto y nervioso toda la mañana, hasta que, cerca del mediodía, avistó una esfera que se dirigía en línea recta hacia él.

- ¡Es hora de almorzar! — bramó el megáfono externo del aparato.

Senar paró la máquina. Entonces la esfera descendió hasta situarse junto a su nivel.

El guardia le miró.

- Me llamo Sylvester — dijo, con intención.
- Los pinchazos con las espinas de "dgyll" son mortíferos — contestó el joven.
- A veces, sin embargo, uno salva la vida, capitán.
- ¿Le gustaría ganarse un millón de solares? — preguntó Senar de pronto.

Los ojos de Sylvester relucieron.

- Eso me permitiría abandonar el cochino oficio que tengo — masculló.
- Bien, cuente con el millón, Sylvester. Sólo tiene que hacer una cosa... — Senar se detuvo un instante —. Hay siete de sus compañeros que se dedican a patrullar voluntariamente por las noches.
- Sí, eso tengo entendido.
- ¿Sabe usted cuándo uno, o varios de ellos, van a patrullar? Quiero decir, si lo conoce de antemano.
- Suelen anunciarlo, en efecto.

- Entonces, cuando oiga que alguno de sus compañeros va a salir de patrulla nocturna, haga el favor de avisarme. ¿Comprendido?
- De acuerdo, capitán—. Sylvester alzó la voz —: ¡Vamos, no se entretenga y acuda al comedor rápidamente !

La esfera se alejó con suavidad. Senar saltó al suelo y caminó hacia el barracón donde comían los condenados.

Janita le miró con gesto inquisitivo cuando le servía la comida, pero él no quiso hablar. Tomó su bandeja, buscó una mesa y empezó a comer rápidamente.

Al atardecer, Sylvester vino a avisarle que era hora de dejar el trabajo.

- Los números doce, quince y dieciséis patrullarán esta noche — informó desde un metro de altura.
- Enterado — contestó Senar en tono indiferente.

Poco más tarde, ocupaba su puesto en la fila de los que esperaban recoger la comida. Janita, con el aspecto de siempre, servía las raciones de alimento.

Cuando llegó junto a ella, Senar dijo:

- Esta noche.

Janita le dirigió una rápida mirada.

- ¿Cuándo?
- No lo sé. Deberemos vigilar todo el tiempo.
- De acuerdo. Llevaré la mano del almirez.
- No será necesario — sonrió él—. Yo llevo un arma mucho mejor.
- ¿Quién se la ha proporcionado?
- Un hombre, al cual he prometido un millón en su nombre.
- Lo tendrá — afirmó la muchacha—. Hasta luego, capitán.

Senar se retiró a una mesa. Buscó a Delahaye, pero no lo encontró. Pensando que el científico estaría enfrascado en alguno de sus trabajos, se despreocupó del asunto, tratando de concentrarse en lo que iba a hacer a la noche.

CAPITULO XIII

Los condenados trabajaban duramente, por lo que caían rendidos en sus literas, apenas llegaban del comedor. Esta vez, Senar no esperó a la media noche.

Se dirigió a los aseos y cerró por dentro. No encendió las luces, limitándose a acercarse a una de las ventanas. En el barracón había renovación de aire, aunque no climatización, por lo que el cierre de todas las aberturas era hermético.

Para Senar no era problema. Sacó la pistola de energía que le había proporcionado Sylvester y, graduándola para la potencia mínima, describió un rápido círculo, del diámetro del cristal.

La descarga fundió el vidrio al instante. El círculo de cristal empezó a vencerse hacia adentro, pero Jery lo recogió antes de que cayera al suelo y se rompiese, con el consiguiente estrépito.

Salió afuera. La oscuridad era casi absoluta, tan sólo aliviada un tanto por el resplandor de las estrellas.

Starrel no tenía ningún satélite que le proporcionase un suplemento de iluminación durante las noches.

Convertido en una silenciosa sombra, corrió hacia el barracón comedor. Janita se alojaba allí, en una habitación individual, que uno de los guardias de la ronda nocturna cerraba con llave cuando ella había concluido su labor.

Senar dio la vuelta al barracón y buscó la ventana del dormitorio de la muchacha. Tocó en el cristal con los nudillos y esperó unos momentos.

El rostro de Janita apareció a poco, al otro lado del vidrio. Senar le enseñó la pistola y luego le indicó por señas que se apartase a un lado.

Ella comprendió y a continuación se retiró. Jery realizó la

misma operación que había hecho minutos antes.

Un poco más tarde, Senar metía los brazos por el hueco y sacaba a Janita, izándola a pulso.

- Es usted fuerte de veras — comentó la joven. Se había sentido como una pluma en los brazos de Senar.

Él la retuvo un instante en alto, junto a sí, con el rostro en un plano ligeramente inferior al de Janita. Ella miró hacia abajo, sonriendo de manera extraña.

- Aprovéchese, capitán — invitó.

Senar aflojó la presión. Los pies de Janita tocaron el suelo.

- Me ha decepcionado — murmuró la joven.
- Esperaba que la besara, ¿no es cierto?
- ¿Y quién no lo habría hecho en su lugar? —contestó ella, acercándosele hasta rozar con su pecho el del joven—. No estoy arreglada y mis ropas son burdas y mal cortadas, pero sigo siendo hermosa. Al menos, eso creo yo.

Senar la miró fijamente.

- Guárdese la manzana para otro, señora — contestó—. Estos momentos no son los más adecuados para entregarse a devaneos.
- Me decepciona, capitán. ¿Dónde está su afición al bello sexo?
- En estos instantes, siento muchísima más afición por mi propia vida.

Janita perdió la sonrisa.

- ¿Qué le preocupa a usted ahora, capitán?
- Venga conmigo — respondió él.

Procurando no hacerse visibles de los guardias que recorrían las inmediaciones de los edificios, se dirigieron al laboratorio de transformación.

- ¿Por qué vamos ahí? — preguntó Janita —. Ése no es el cobertizo donde se guardan las esferas.
- Ya lo sé. Pero no he visto a Delahaye durante la cena ni tampoco ha acudido al dormitorio, y eso me tiene inquieto.

Llegaron al laboratorio. Había aún algunas luces encendidas.

Los encargados del proceso de transformación de la planta solían ser personas libres, contratadas especialmente para aquel trabajo, aunque eran ayudadas por condenados. No parecía, pues, extraño, que hubiese alguien trabajando todavía a horas tan avanzadas.

Pero en las primeras secciones que inspeccionaron desde el exterior no vieron a nadie. Senar empezó a preguntarse dónde podría hallar a Delahaye.

De pronto, lo encontró.

Estaba tendido boca abajo en el suelo, con un puñal clavado en la espalda

Janita lo vio también y exhaló un gemido.

- ¡ Silencio! — gruñó él.

Sacó la pistola y se abrió paso a través del cristal, Momentos después, se hallaba en el interior del laboratorio.

Tocó la mejilla de Delahaye. Estaba fría.

Janita entró tras él. La joven le dirigió una mirada inquisitiva.

- Se enteraron de su verdadera identidad — dijo Senar.

De pronto, recordó una cosa. Poniéndose en pie, miró en torno suyo.

El lugar donde se hallaba el cadáver era más bien una oficina. Senar supuso que era allí donde Delahaye ponía en limpio sus anotaciones de los experimentos químicos que realizaba.

Había una gran mesa, cuyos cajones aparecían todos fuera de su sitio y su contenido revuelto y esparcido por el suelo.

- Se lo han llevado — murmuró, decepcionado.
- ¿Qué es lo que se han llevado?—preguntó Janita.
- Delahaye estaba terminando de sintetizar el alcaloide de la hierba, de modo que se pudiera fabricar artificialmente sin

necesidad de venir a Starrel a cultivarla. Sé que anotaba el resultado de todas sus experiencias.

- Y ahora, el asesino, se ha llevado ese libro.
- Justamente.
- Con lo cual, Starrel, en este sentido, ha perdido todo su interés.
- Exacto. Ahora, Brows poseerá el monopolio de fabricación del alcaloide, que le reportará una cantidad infinitamente superior, y sin ningún riesgo, a la que obtenía mediante el contrabando de la “dgyll”.

Janita reflexionó unos instantes.

- Entonces esta noche ya no actuarán los contrabandistas — opinó.
- Sí, porque, calculo, aún no han recibido orden en contrario. Y de momento, mientras no cortemos su tráfico, las cosas seguirán igual, hasta que Brows posea la fórmula y pueda iniciar su fabricación a escala industrial.
- Entonces vamos a ver si los sorprendemos.
- Calma — aconsejó el joven.

Regresó junto al cadáver y, arrodillándose a su lado, le registró los bolsillos.

Momentos después, tenía en la mano algo que intrigó a Janita.

- ¿Qué es eso, capitán?
- Una caja de fósforos. El asesino se olvidó de quitársela —. Senar bajó la vista hacia el muerto —. No te preocupes, amigo; yo lo haré por ti.
- ¿Qué es lo que va a hacer?
- Ya lo verá. Salgamos, pronto.

Corrieron hacia el barracón donde se guardaban las esferas y se apostaron en una de las esquinas. Momentos después vieron llegar a tres individuos, los cuales salieron a poco tripulando sendas esferas.

- Vayamos en su persecución — propuso la muchacha.
- Espere, no tenga tanta prisa.
- Pero es que...

- ¡ Cállese! — gruñó Senar en tono imperativo.

Janita no se atrevió a insistir, aunque le extrañaba
la incomprensible actitud de Senar. Unos minutos después, sin embargo, tenía la explicación que deseaba.
Alguien se acercó con sigilo al barracón.

- Capitán — susurró el individuo.
- Aquí, Sylvester.

El guardia apareció al instante.

- ¿Dónde está el profesor? — preguntó.
- Muerto. Le clavaron un cuchillo en la espalda.

Sylvester soltó una maldición.

- Ese hombre me salvó la vida — dijo.
- Todavía queda tiempo para castigar a sus asesinos. Vamos.

Entraron en el cobertizo. Sylvester eligió una de las esferas, en la que hizo entrar a la pareja.

- Estaremos un tanto apretados, pero el viaje durará poco — sonrió Senar, tendiéndose en el suelo —. Venga aquí, señora.

Janita se tendió a su lado. Sylvester les cubrió con una manta. A continuación ocupó el sillín del piloto y puso el aparato en marcha.
La esfera salió del cobertizo y luego se remontó a las alturas. Sylvester la pilotaba hábilmente.
Un cuarto de hora más tarde, el guardia dijo:

- Acabo de avistar una astronave, capitán.
- Muy bien. Entonces, ya sabe lo que debe hacer.
- De acuerdo.

La astronave flotaba inmóvil, suspendida en el espacio, a unos cincuenta kilómetros sobre la superficie de Starrel. Sylvester redujo la velocidad de aproximación hasta detener el aparato junto a una esclusa brillantemente iluminada.
El guardia introdujo la esfera en la esclusa. La compuerta

exterior se cerró y el aire fue bombeado desde el interior.

- Prepárense para actuar — dijo Sylvester.

Momentos después, se abría la compuerta interna y un par de individuos aparecían en el umbral. Sylvester abrió la escotilla del globo y saltó al suelo.

- ¿Traes la carga?—preguntó uno de ellos.
- Desde luego. Ahí está — contestó Sylvester, señalando la manta que había en el suelo de su esfera.

El contrabandista avanzó hacia la esfera. De pronto, Sylvester sacó su pistola de energía y encañonó al otro sujeto.

- Si te mueves, te abraso — dijo.

En el mismo instante, Senar apartó la manta a un lado y apuntó con su pistola al primero. El hombre se quedó inmóvil, más por la sorpresa que por la amenaza del arma.

Senar aprovechó la ocasión y le atontó de un golpe en la cabeza. Sylvester hizo lo propio con su prisionero.

El paso estaba libre.

- Janita, usted, detrás de mí — indicó Senar.

Avanzaron a lo largo del corredor, en dirección a la cámara del capitán de la nave. Uno de los tripulantes apareció de pronto, surgiendo de otra cámara, pero Senar fue rápido en actuar y el hombre quedó sin conocimiento antes de que supiera lo que le ocurría.

Senar abrió un poco la puerta de la cámara. Oyeron voces.

- Es un descubrimiento sensacional — dijo alguien.
- Ya no tendremos necesidad de hacer contrabando — contestó otro.
- Los millones fluirán como agua — rió un tercero.
- Creo que se equivocan — dijo Senar de pronto, terminando de abrir la puerta—. Están todos detenidos y acusados de asesinato y contrabando de “dgyll”.

Los tres individuos se volvieron hacia el joven, enormemente sorprendidos. Uno de ellos, el capitán de la nave, a juzgar por sus insignias, se rehízo pronto y sacó su pistola.

Senar disparó antes que él, reduciéndole a polvo en una fracción de segundo. Los otros dos levantaron las manos instantáneamente, aterrados por lo que acababan de ver.

- Apártense de ahí — ordenó el joven.

La pareja de rufianes obedeció. Senar avanzó hacia la mesa y cogió una gruesa libreta, de tapas negras, que guardó en el interior de su blusa.

- Un hombre decente murió por hacer bien a la humanidad — barbotó con furia —: Alguien le clavó un cuchillo en la espalda... y sus cómplices recibirán el mismo castigo que su asesino. A menos que colaboren con la justicia, claro está.

Los dos rufianes se consultaron con la mirada.

- Hablaremos — dijo uno de ellos al cabo.
- Nosotros sólo obedecíamos órdenes... — añadió el otro.
- Me dan asco — gruñó Senar—. Pero ya hablarán, cuando yo lo ordene. Enciérrelos, Sylvester.
- Sí, capitán.

Momentos después, se habían hecho cargo de la nave. Todos los tripulantes fueron encerrados en una cámara, ante cuya puerta quedó Sylvester de vigilancia. El millón prometido le había convertido en un hombre activo y diligente.

- ¿Y ahora?—preguntó la muchacha.
- A la esclusa — respondió Senar.

Los guardias desleales tenían que entrar en la nave uno por uno. Reducirlos a la impotencia resultó facilísimo.

- Bien — dijo ella al terminar —, la nave es nuestra y tenemos en nuestro poder a lo más selecto de los contrabandistas. Pero falta su jefe.

Senar sonrió de modo sibilino.

- Del jefe ya se está encargando alguien — contestó —. Sólo falta que reciba un mensaje mío, para que ponga la mano encima a Brows.
- ¿Quién es ese hombre? — preguntó Janita, llena de curiosidad.
- ¡ Oh, un buen amigo mío! — dijo Senar en tono voluble —. ¿Le gustaría volver a Starrel sólo durante unos momentos?

Janita le miró con desconfianza.

- No me gusta actuar sin saber lo que me va a pasar — manifestó.
- Bien, entonces le diré que voy a encender un fósforo. Venga, por favor.

Cogió el brazo de la joven y la empujó hacia la esclusa. Janita se dejó llevar sin oponer resistencia.

Minutos más tarde, Senar detenía el aparato al borde de uno de los campos de la “dgyll”. Saltó al suelo y ella le siguió en el acto.

- Los barracones y edificios están lo suficientemente apartados como para que sus ocupantes puedan temer nada del fósforo que voy a encender — explicó.

Sacó la caja de cerillas y rascó el fósforo. Después de asegurarse de que la llama no se apagaría, se arrodilló junto a una mata de “dgyll” y le prendió fuego.

Janita contemplaba el espectáculo con los ojos muy abiertos. La mata ardió de modo instantáneo, con gran resplandor, casi explosivamente.

Las llamas se propagaron con terrible rapidez. Senar la agarró por un mano y tiró de ella hacia la esfera.

- ¡Arriba, pronto!

Desde un millar de metros, contemplaron el singular espectáculo. Un mar de llamas apareció en contados minutos,

alcanzando vastísimas extensiones de terreno. La visión era realmente impresionante.

Un cuarto de hora más tarde, el suelo, en todo lo que alcanzaba su vista, se había vuelto negro.

- Ya no hay “dgyll” — dijo Senar—. Lo siento por usted, señora; esto significa su ruina. La patente de Delahaye pertenece al gobierno, así que...
- Me he quedado sin un céntimo, ¿no es eso?
- Bueno, no tanto, pero su fuente principal de ingresos se ha cegado para siempre.

Ella sonrió de un modo extraño.

- No me importa, capitán — dijo.
- Eso es cosa suya — respondió él —. Ahora, vamos a la nave. He de enviar el mensaje.
- ¿Para qué atrapen a Brows?
- Exactamente.

CAPÍTULO XIV

Seguida de un hombre Sissy Zanoff entró en el lujoso despacho donde, en el rascacielos propiedad de Janita, Duke Brows trabajaba en algunos de sus asuntos privados.

Brows alzó la vista y contempló a la pareja con expresión intrigada.

- Hola, Duke — saludó la joven.
- Señora... — murmuró el secretario, poniéndose en pie.
- Tengo que presentarle á un buen amigo mío — sonrió

Sissy —. Aunque usó otro nombre durante algún tiempo, ahora emplea el suyo verdadero: Ricardo Senar. Es hermano de otro Senar a quien usted trató de asesinar varias veces sin conseguirlo.

Brows palideció hasta ponerse verde.

- No comprendo — dijo.

Ricardo avanzó un par de pasos.

- Jery me hizo llamar cuando estaba a punto de ser enviado a Starrel y me pidió que le ayudara. Naturalmente atacarle a usted de frente habría resultado una insigne tontería, por lo que decidí hacerlo por el flanco.
- El flanco soy yo — expresó Sissy con brillante sonrisa.
- Tenemos las declaraciones de la clínica donde Sissy fue transformada hasta que tomó el aspecto de Lady Janita — siguió Ricardo—. Tenemos también a buen recaudo a una colección de contrabandistas, los cuales, para aliviar su condena, han formulado interesantes declaraciones. Por si fuera poco, el capitán Johannson también ha dicho cosas muy interesantes...
- ¡Johannson murió! —exclamó Brows, sin poder contenerse.
- El capitán Maynard juzgó conveniente propalar la noticia de su asesinato, a fin de proteger su preciosa existencia — sonrió Ricardo—. Pero está vivito y coleando y, como digo, ha dicho cosas de verdadero interés. Todas ellas referentes a usted, claro.

El rostro de Brows tomó un tinte ceniciento.

- Está perdido — añadió Ricardo de modo implacable—. Sepa, además, que soy comisario de policía y que mi presencia aquí es oficial. Imagínese el resto, Brows.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Brows metió la mano en el cajón de su mesa.

Ricardo fue más rápido. Un segundo después, el cuerpo de

Brows había sido sustituido por una nubecilla de humo azul que se disipaba rápidamente.

- Tal vez haya sido mejor así — comentó Ricardo, enfundando de nuevo su pistola de energía.

Sissy le dirigió una mirada implorante.

- ¿Y yo? ¿Qué será de mí?

Ricardo le pasó una mano por los hombros.

- Nos has ayudado mucho y el juez te lo tendrá en cuenta — afirmó —. Lo único que siento es no ser conde. Pero lo de la granja en Italia sí es verdad.

Los ojos de Sissy brillaron.

- Me conformo con eso — respondió apasionadamente.

* * *

Lady Janita entró en la modesta habitación del hotel en que se alojaba Jery Senar. La joven vestía con el lujo que le era habitual y llevaba en su mano izquierda un bolso de regular tamaño.

- Creí que vendría a cobrar la recompensa prometida— dijo —. Aún me queda algo de dinero para pagarle, capitán.

Senar estaba tendido en el lecho y se puso en pie.

- No tengo prisa por cobrar — respondió.
- Pero yo sí la tengo por pagarle — manifestó ella.

Janita metió la mano en el bolsillo. Senar esperaba
que sacara un cheque.
Sin embargo fue otra cosa la que apareció ante sus ojos. Era un especie de pistola, con la que Janita le apuntó al rostro.

- ¡Eh! — empezó a protestar Jery.

La joven apretó el gatillo. Un chorro de gas alcanzó la cara de Senar.

Momentos después, había perdido el conocimiento.

Janita suspiró:

- Las cosas que ha de hacer una para conseguir lo que desea — dijo.

Se acercó a la puerta y la abrió. Dos hombres vestidos de blanco portadores de una camilla, franquearon el umbral.

- Ya saben lo que tienen que hacer — dijo ella.
- Sí, señora — contestó uno de los sanitarios.

Senar estuvo durmiendo mucho tiempo, no supo

precisar cuánto. Al despertar lo primero que vio fue el rostro de Janita, que se hallaba sentada en el borde de la cama que él ocupaba.

- ¿Qué diablos me arrojó a la cara? — gruñó, sintiéndose aún torpe y embotado.
- Un narcótico — sonrió ella —. En estos tiempos, para cazar a un marido, una joven doncella tiene que recurrir a semejantes procedimientos.
- ¿Cómo? ¿Que yo me voy a casar con usted? ¿Está loca?
- No te vas a casar. Ya eres mi esposo—dijo Janita.

Senar se sentó en el lecho.

- ¡Pediré la anulación del matrimonio! — vociferó —. Se celebró sin mi consentimiento.
- Decenas de testigos, entre ellos Ricardo y Sissy Senar te oyeron pronunciar un “sí” estentóreo. ¿A quién convencerás de que no te casaste conmigo, muy enamorado de mí?

Senar se pasó una mano por la cara, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Entonces, notó algo raro.

- Me faltan cosas en la cara...—murmuró.
- Sí — convino Janita, con brillante sonrisa. Y le presentó

un espejo —: Mírate querido.

Senar contempló su imagen.

- ¡Tengo otro ojo! —bramó—. ¡Y la cicatriz me ha desaparecido! ¡Mi bigote! ¿Dónde está mi bigote?

Janita apartó el espejo.

- Gustabas así demasiado a las mujeres. Y yo no quiero un esposo voluble y casquivano, sino un esposo que sólo me ame a mí — dijo. Tras una corta pausa, aprovechando su estupefacción, añadió — : Durante tu inconsciencia, te llevaron a una clínica en la que los cirujanos hicieron maravillas contigo.

De pronto, Janita frunció el ceño:

- Cuando perdiste el ojo, estabas galanteando a una pasajera — dijo severamente—. Eso no volverá a repetirse, ¿estamos?
- Ella me perseguía como una fiera — protestó Senar —. Además, en aquellos momentos, era mi primer oficial quien estaba al cargo de la nave y cometió la imprudencia que por poco nos mata a todos. Yo salvé la nave y...
- Eso es agua pasada, querido—sonrió Janita—. A mí también me enamoró tu aspecto piratesco, todo hay que decirlo, pero no quiero compartirte con nadie, ¿estamos?

Senar hizo un gesto de resignación. Janita continuó:

- Y, bien mirado, así estás más guapo, de modo que habré de vigilarte continuamente.

Los brazos de Senar se dispararon de pronto y atenazaron el esbelto talle de la joven. Ella suspiró:

- Ya era hora — susurró.

— No tendrás que vigilarme, cariño — le susurró al oído.
Y Janita supo que Jery decía la verdad.

FIN